" SIXO, MENTIRAS y cuentos de chinos"



SEXO, MENTIRAS Y CUENTOS DE CHINOS

Redactores: JLM y JCJ. N°7. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

¿Te sorprende el título de nuestra revista? ¿Te parece un tema demasiado escabroso el de este número? Si es así estamos seguros de que no eres el único en esas circunstancias. Quizá es esa la razón, antes que ninguna otra, que nos ha movido a abordarlo. Y es que, en un breve momento de lucidez que probablemente no nos vuelva a acompañar en mucho tiempo, nos surge la pregunta clave, ¿Es que no es el sexo algo tan natural e importante en nuestras vidas como para merecer un monográfico? Evidentemente sí. Aunque, por alguna razón, tendemos a desnaturalizar este tema. Lo convertimos en tabú y mito, en tema propicio al bulo y la exageración. No podemos pretender analizarlo aquí objetivamente. Obviamente nosotros no somos objetivos. Tampoco lo pretendemos. Pero sí podemos mostrar un punto de vista que es el nuestro y el de algunos otros amigos. No hay aquí una sola opinión. No tenemos un dogma para el sexo como no lo tenemos para otros temas. Pero sí nos gustaría que nuestro tono fuera un tanto desmitificador y, en ningún caso, oscurantista. Puesto que el sexo es algo natural, ¿por qué no hablar de él con naturalidad? ¿Por qué no admitir sus diversas manifestaciones como el resultado de una libre elección personal? ¿Por qué no burlarnos del sexo y de la inquietud que, a veces, nos provoca? ¿Por qué no reírnos de nuestros instintos? Y, puestos a preguntar, ¿por qué no mirar también seriamente en nuestro interior y exponer una opinión o una idea sincera que nos parezca enriquecedora?

Por una vez, no es nuestra intención ofender, aunque estamos seguros de que muchos se sentirán ofendidos y no nos sentiremos culpables. Tampoco queremos hacer pedagogía ni apología de unas ideas concretas, como no lo hemos querido hacer nunca hasta ahora. Pero sí deseamos, como en otras ocasiones, abrir alguna nueva

ventanita en tu consciencia a través de la cual puedas adquirir una nueva perspectiva o completar tus ideas. Sobre el sexo. ¿Por qué no? LO QUE NECESITAS

Es cierto que, en ocasiones, lo que necesitas es amor, pero muchas veces te bastaría con el sexo. Muy a menudo ambos vienen juntos y aun así nos empeñamos casi siempre en separarlos y en preferir el amor. Tal vez tenían razón los Beatles con su canción: "All you need is love. Love is all you need". Uno quiere amar y sentirse amado, pero, éno hay sexo sin amor? Por supuesto que lo hay y abunda mucho más de lo que nos atrevemos a admitir. La publicidad, el cine, la televisión, nos venden sensualidad, belleza,... sexo. Si no hubiera sexo sin amor, ¿cómo se explicaría el éxito de la prostitución durante milenios en que ha sido imposible erradicarla? Lo que necesitas es amor. Pero, ino necesitas también sexo? Seguro que sí. Obviamente se puede vivir sin sexo. Iqual que sin amor. Hay muchas personas que escogen la vía de la renuncia y la castidad. Nada de sexo. Se supone que para ellos el amor no está excluido. Yo me pregunto: ¿pueden prescindir realmente del sexo? No es necesario que sea explícito. El sexo está implícito en demasiados aspectos de la vida. Es imposible extirpar el sexo del pensamiento, de forma total. Quizás algunos lo llamarían tentación. Otros dirían que es imposible oponerse a los instintos. Al menos es inimaginable un ser humano completamente asexual. Tan inimaginable una vida sin amor como una vida sin sexo. No hace falta tener un amor para amar y tampoco es necesario practicar el sexo para notar la presencia de la sexualidad todo alrededor

Llevando el tema por otro camino, que también es el de la necesidad, hay que decir que en sexo no todo son los extremos de castidad o sexo explícito hasta ahora planteados. También es cierto que, aunque el sexo nos rodea, igual que el amor, no siempre podemos practicarlo en el momento de mayor necesidad. Una cosa es la renuncia voluntaria; otra muy distinta la renuncia forzada. "Sexo libre", se decía no hace mucho tiempo. Una de tantas mentiras que siempre nos gusta creer. ¿Qué es eso de la libertad sexual cuando uno está atado por sus instintos? No, no existe sexo libre ni indiscriminado. Pero, encima, el sexo es un tabú. Como todo misterio

de la intimidad se convierte en prohibido. Y nos lo demuestran multitud de comportamientos sociales. No es cuestión de hablar siempre de sexo, ni siquiera subrepticiamente, pero, ¿por qué es tan raro sugerir el sexo en una conversación normal sin que resulte ofensivo o de mal gusto para alguien?

Y, después de tanto hablar de sexo, al cabo, a pesar de tanto mezclar sexo y amor, resulta que, en el fondo, a todos nos gustaría tener amor y sexo -también sexo, ya que no se puede prescindir de él-. Y, si un amor de hombres -lleno de instintos, sentimientos y hormonas- no puede desligarse del sexo, entonces hay que acabar diciendo que los Beatles tenían razón. Lo que necesitas es amor, un amor pleno, aunque en ocasiones te bastaría, a falta de otra cosa, con el simple sexo animal.

Juan Luis Monedero Rodrigo

TU AMOR Nada Alcanzar el Cielo Tener amor, pasión. Quedarse ciego. deslumbrado de emoción. Arder en fuego. Cubrirse de la escarcha del sudor; helarse luego. Todo lo recibo en tus abrazos. Dulce cárcel del deseo. Espejismo inalcanzado. Fuente de mis anhelos Muerte en tonos dorados Burdel preñado de besos. falsos, vacíos, amargos... Lueao. envuelto en sedas de olvido. te alejas con mis fracasos. Fundidos entre quejidos

suspiran mis sueños vacuos. Ser para mí tan querido y no valer nada en tus manos. Sin adiós nos despedimos.

Eva

SUCEDIÓ EN UN PEQUEÑO PUEBLO

Hacía un tiempo espléndido el día de la boda de Rosa y José.

- -José Pelayo Rodrigues, ¿quieres a María Rosa Gonsalves de la Hera como legítima esposa?
 - -Sí, quiero -respondió José muy decidido.
- -Y usted, María Rosa Gonsalves de la Hera, ¿quieres a José Pelayo Rodrigues como legítimo esposo?
- -Sí, quiero -contestó Rosa con firmeza, pero con cierto recato.
- -Muy bien -añadió el cura- ya sois marido y mujer, que lo que ha unido Dios no lo separe jamás el hombre. José, puedes besar a tu mujer.

El beso fue largo y profundo, y hubiera sido más largo de no ser por el alboroto de los invitados y el empujoncito que le dio a José su primo Santiago: "iEh, José! iDeja algo para luego!".

Por fin se habían casado, después de tantos años de noviazgo y de querer vivir definitivamente juntos. Pero antes, José tuvo que encontrar un trabajo bien pagado con que comprar una casa y mantener a Rosa. La nueva fábrica de armas dio más trabajo a aquel pueblo. A José le habría sido imposible, decía él, casarse con Rosa si no hubiera empezado a fabricar armas. Rosa no estaba de acuerdo con esto, no le gustaba ese tipo de trabajo: "Las armas sólo sirven para matar" -le había dicho a José. Ella pensaba que con lo poco que tenía él y lo poco que tenía ella, podrían haber salido adelante, aunque hubieran tenido que dejar los niños para dentro de unos años. Pero José ansiaba tener hijos, comprarse un coche y reformar su nueva casa. Las armas no tenían nada de malo si sabían usarse a su debido tiempo.

-¿Y cuál es su debido tiempo? -le preguntó Rosa-. Ya no necesitamos la caza más que como deporte, tenemos las tiendas

repletas de carne para comprarla, y si un día no tenemos bastante dinero, pues no la compramos y listos. Las armas se usan casi únicamente para matar a otro ser humano.

-Tú sabes que el ejército necesita armas, y la munición se gasta durante las maniobras. Además necesitan reponer el armamento cada cierto tiempo. Yo estoy trabajando en defensa de mi país. ¿No lo entiendes? Fabricar armas es tan necesario como que haya un ejército -repuso José.

-De acuerdo, -dijo Rosa- pero yo creía que las armas se fabricaban por temporadas y tú ya llevas casi seis meses. Además, últimamente haces horas extras. ¿Para qué se necesitan tantas armas? La semana pasada hiciste seis horas extras y el mes pasado te quedaste un día tres horas más y al día siguiente estuviste otras cuatro...

-iPero, Rosa! De vez en cuando tenemos que quedarnos algunos a hacer horas empaquetando munición o rifles. Los quintos deben estar de maniobras -le respondió José en tono conciliador. Además ya sabes que el ejército no se lleva bien con los guerrilleros.

Rosa pensaba en voz alta.

-Fabricar armas. No me gusta. Ten cuidado José -le dijo abrazándose a él.

-No te preocupes más, no me va a pasar nada -la tranquilizó José.

Lo que no le había dicho José a Rosa es que, durante las horas extras se fabricaban además de municiones, rifles. Rifles nuevos que había que montar. Y no sólo era su sección la que hacía horas extras. En la sección de metralletas también estaban trabajando. Él se había preguntado quién podría necesitar tantas armas. Había temporadas en que el ritmo de trabajo era muy lento en la fábrica; se encontraban al mínimo, y si uno se daba un poco de prisa, estaba luego de brazos cruzados hasta que la cinta le traía otras piezas. En otras ocasiones en cambio el ritmo se aceleraba bastante. El primer día que le propusieron quedarse a hacer horas extras se sorprendió: "i¿Pero cómo?! ¿Después de todo un día e trabajo sin parar hay que hacer horas? -pensó". Pero no podía negarse, así que se quedó. Mientras estaba haciendo su trabajo no le

austó pensar para qué podrían servir todas esas armas. Pensó en algún grupo guerrillero de Chile, Bolivia o Perú. También pensó en los narcotraficantes de Colombia. Prefirió olvidarlo. Él estaba algo de acuerdo con los guerrilleros, pero sus métodos dejaban mucho que desear, habían matado a mucha gente sólo por no estar de acuerdo con ellos y oponerse. Él también estaba harto de los ricos de su pueblo que se creían superiores a los que no tenían tanto dinero, pero ir por ahí matando gente le parecía excesivo. El dueño de "Villa Margarita" siempre le miraba por encima del hombro; su hijo Santino, en cambio, no era mal tipo. Pero el que mandaba era el padre. Había hablado con Santino alguna vez en la cantina. Recordaba un día en que estaban hablando y apareció el padre de Santino; de repente, el chico se acobardó, bajó la cabeza y fue hacia su padre. A José le pareció que el chico estaba aterrorizado. Las hermanas de Santino se parecían bastante a la madre; iban arregladas, pero con cierta sencillez. La madre, entre otras cosas, hacía obras de caridad, "iQué chingada! iObras de caridad! ¿Y por qué no repartes tu fortuna entre los pobres?" -pensó una vez José. Pero en el fondo, José sabía que no podía pedirle eso a nadie. Esa señora no debía su dinero a nadie. excepto a sus padres; había nacido en una familia rica y había heredado una gran fortuna que, además, había ampliado con una buena administración: comprando tierras y vendiendo el producto a buen precio; conocía a hombres de negocios muy competentes y, gracias a ella, su familia vivía mejor que antes. Hacía un par de años que había montado un taller de costura en el pueblo, lo cual había creado 60 puestos de trabajo; ahora estaba ampliando el taller con una nueva nave. También había dado un donativo al Ayuntamiento para que pudieran arreglar antes la escuela. Su marido siempre hacía de menos todo lo que ella hacía, aun habiéndole sacado de más de una metedura de pata que les hubiera hecho perder mucho dinero; en Navidad siempre le decía que malgastaba el dinero en la parroquia.

José había soñado desde pequeño en ir montado en un lujoso coche y tener una casa grande como los ricos. Cuando el señor Juárez le ofreció el trabajo en la nueva fábrica no sabía si aceptar o no, pero cuando le habló del sueldo le dijo que sí de inmediato. Era el trabajo mejor pagado del pueblo, y mucho menos cansado que el campo. Su

sorpresa se vio incrementada cuando Juárez, con una amplia sonrisa, le entregó en mano el sobre con el pago de las horas extras del mes. iVirgen María! Por fin podría tener el coche y pasearse con Rosa por el pueblo. No sería una limusine, pero sí el coche que había visto en un concesionario de la ciudad.

Durante tres meses y medio siguió haciendo horas extras, y Rosa se quedó embarazada. Estaba loco de contento con su futuro hijo y llevó a Rosa al reconocimiento médico en el coche; volvieron a casa, cenaron y se sentaron frente al televisor. La presentadora del telediario informaba que los guerrilleros parecían haber dejado, de momento, sus ataques violentos, pero que aún así, el gobierno central los vigilaba de cerca. Oír hablar de los guerrilleros le ponía nervioso. Rosa lo notó.

- -¿Te ocurre algo? -le preguntó Rosa.
- -No, no; nada -dijo José levantándose del asiento.
- -Estuve hablando con la señora Moreno y ¿sabes lo que me dijo? -José negó con la cabeza-. Que su antiguo capataz se jubila y que necesita uno nuevo. ¿No es estupendo? Tú podrías ser el nuevo capataz. Has estado trabajando en el campo toda tu vida y la señora Moreno te conoce y confía en ti, ¿qué te parece si le digo que aceptas?

José se volvió con ira contenida hacia Rosa.

- -¿Sabes lo que cobra un capataz? La mitad de lo que cobro ahora en la fábrica. Me las vería negro para terminar de pagar los plazos del frigorífico, de la lavadora, de la habitación del niño, del sofá....
- -Bueno, -dijo Rosa- yo podría trabajar en el taller de costura de la señora Dolores...
- -iNo! Ya hemos hablado de eso, y no quiero que mi mujer pierda la vista cosiendo para nadie -dijo rotundo.

Rosa, con el ceño fruncido, se puso a mirar la televisión. José fue a sentarse al lado de Rosa y le cogió la mano.

- -Rosa, no puedo dejar ahora el trabajo en la fábrica, compréndelo.
- -iMira José! No me gusta ese trabajo que haces. Y cobras demasiado. Estuve hablando con Amparo, ya sabes, mi prima de la

ciudad, y su marido trabaja en una fábrica, pero cobra casi la mitad que tú. No lo entiendo. ¿Por qué te pagan tanto? ¿Has visto algo sospechoso en la fábrica?

José se quedó sorprendido por la pregunta y luego dio un respingo.

- -¿Sospechoso? Noo -respondió.
- -José, ese sueldo tan cuantioso me dice que intentan comprar tu silencio. ¿Es así José?
- -Noo, Rosita, en absoluto; venga cálmate que estás viendo visiones -le dijo José pasándole el brazo por los hombros.

Ella le miró.

-Tú me ocultas algo, José.

José permanecía callado.

-Dime lo que está pasando.

José bajó el brazo y se decidió a hablar.

-En realidad no estoy seguro...

En ese momento llamaron a la puerta y José fue a abrir. Era la madre de Rosa y con ella se acabó la discusión.

José de repente se había acordado de algo sospechoso, como dijo Rosa. Hacía unas semanas apareció en la fábrica un tipo desaliñado y con barba que estuvo hablando con Juárez. Ellos reían y parecían llevarse muy bien. El tipo volvió a aparecer hacía tan sólo dos días. Esta vez se le notaba muy nervioso y estaba vestido con ropa de camuflaje y botas militares. "Sólo le falta el rifle y la canana -pensó José- iCarajo! iEs un guerrillero!". Así que Juárez tenía tratos con un guerrillero. Le había visto por casualidad y en seguida se fue hacia otro lado de la fábrica desde donde no podía ver el despacho de Juárez.

Al domingo siguiente, después de misa, fueron a pasear por el parque. La barriguita de Rosa estaba ya bastante abultada. Se empezó a oír un ruido lejano, intenso, como de motores...; cada vez se oía más cerca. La gente se quedó quieta escuchando. A lo lejos se veía humo detrás de la loma del oeste. De repente pudieron verlos. Un grupo de guerrilleros venía en coche, en moto o corriendo, en dirección al pueblo. La gente huyó despavorida. José cogió a Rosa de la mano y la llevó corriendo a su casa. Los querrilleros se dirigieron

sin parar a "Villa Margarita" disparando al aire y rodearon la casa; un grupo se dirigió a la entrada y abrieron la puerta rompiendo la cerradura; cogieron como rehenes a los señores de "Villa Margarita" y a sus hijos. Se encerraron todos los guerrilleros en la mansión y rompieron algunos cristales sacando los rifles por las ventanas. Rosa y José miraban ocultos hacia la casa, que estaba enfrente de la suya.

-Los guerrilleros han ocupado "Villa Margarita" -dijo Rosa.

-Escucha -le dijo José.

Se oía otro ruido de varios motores. Apareció en el pueblo otro grupo armado, pero del ejército nacional, que también rodeó la casa.

-iDepongan las armas y no sufrirán bajas! -gritó el capitán hacia la casa.

-iEscuche, capitán! iTenemos aquí varios rehenes! iLos criados pueden marcharse, pero los señores se van a quedar! iVamos a abrir ahora las puertas, no para que entren ustedes, sino para que se marchen los criados! iLos que van a salir ahora son criados, no querrilleros! ¿Entiende, capitán? -gritó Sánchez, el cabecilla.

-iEntendido, Sánchez! iSuéltelos! -gritó también el capitán.

Salieron los criados temerosos, algunos guerrilleros los empujaban con el rifle.

-iFuera de aquí, esclavos de ricos! iLargo! -les gritaban algunos.

-iSeñora, señora! No le hagan nada a mi señora, por favor... -le rogaba una señora entrada en años a un guerrillero que la empujaba con el rifle.

-iVete de una vez, vieja! -le dijo el guerrillero.

-iManuel! -le gritó Sánchez desde la ventana al guerrillero-. iCállate y trata a la señora como es debido!

-Es lo que estoy haciendo, mi general; no es más que una criada -se defendió Manuel.

-Manuel, sube un momento; tengo que hablar contigo -le ordenó el general-. ¡Tú Francisco! -le dijo a uno que tenía detrás-. Ocupa el lugar de Manuel.

-iSí, mi general! -respondió Francisco poniéndose muy erguido.

Sánchez castigó a Manuel a 100 latigazos, pero no por maltratar a la señora sino por no obedecerle ya que no se había callado.

Sánchez mandó a los rehenes que se asomaran al balcón.

-iAquí tiene a los rehenes, capitán! Los conoces, ¿verdad? iSe han visto algunas veces en esas fiestas de ricos pagadas con el dinero del pueblo! iEscuche bien, capitán! iQuiero que vuelvan a su campamento y quiero un helicóptero en buenas condiciones para vigilarles mientras vuelven a él! iLe doy un plazo de tres días para traerme el helicóptero! iSi no me lo trae, empezaré matando a alguno de estos amigos suyos, capitán! -gritó Sánchez.

El capitán le miró ceñudo y pensativo; había visto a la familia Martínez de León una vez en una fiesta, pero él no iba mucho a las fiestas. Él era un hombre de guerra.

-iEstá bien, Sánchez! iMandaré a buscar ese helicóptero! iTiene mi palabra! iAhora, suéltelos! -ordenó el capitán.

Sánchez primero se enojó y luego rió a carcajadas.

-iUsted me toma por tonto, capitán! iNo podrá ver si suelto o no a esta familia porque usted ya se habrá ido! -gritó Sánchez.

Todos los guerrilleros rieron las palabras de Sánchez. Al capitán, en cambio, no le hicieron ninguna gracia porque se puso furioso.

-iNo agote mi paciencia, Sánchez! iUsted tiene ahora el control de la situación, pero esto no va a ser siempre así -le amenazó el capitán.

El grupo del ejército levantó barricadas alrededor de la casa, sitiándola. El capitán pidió a la gente que intentara hacer su vida normal, pero sin acercarse a la zona. Las casas que daban frente a "Villa Margarita" fueron evacuadas. Rosa y José recogieron las cosas más imprescindibles y fueron a casa de los padres de Rosa. Mientras, el capitán mandó a un par de sus hombres a buscar el helicóptero. A los dos días volvieron sin el helicóptero y con una nota firmada por el coronel del Estado Mayor. La nota decía, en resumen, que el Estado Mayor no dispondría de un helicóptero fuera de servicio hasta dentro de una semana. "iMaldita sea! Y eso que se trata de una emergencia... ¿Cómo posible que no dispongan es ni de un maldito

helicóptero?" -pensó el capitán. Pero la nota lo decía bien claro, hasta dentro de una semana no podrían enviarlo.

El capitán se lo hizo saber a Sánchez, al que no le gustó nada la noticia; además, le había dado su palabra de que traería el helicóptero en una semana; no es que se fiara de la palabra del capitán, pero si quería salir con vida de allí no le quedaba más remedio que aceptar y mantener vivos a los rehenes. El problema ahora, eran los víveres. El grupo de dieciséis guerrilleros más los cinco rehenes tenía que comer, y las provisiones de la casa se habían acabado. Le pidió los víveres al capitán, pero como no pensaba mandar a nadie a buscarlos, alguien tendría que acercarse a la puerta de la casa a dejarlos. Sánchez se negó a que fueran soldados los que se acercaran a la casa, deberían ser hombres del pueblo, desarmados. Ninguno de los hombres del pueblo se ofreció voluntario, así que se hizo un sorteo con el censo de la población; si salía una mujer se descartaba y se elegía otro número; finalmente quedaron elegidos tres varones, uno de ellos. José.

-Bueno, me voy a llevar los paquetes -le dijo a Rosa dándole un beso.

Rosa también le besó.

-Ten cuidado -le dijo.

Empezaron a descargar los paquetes con víveres y, tras cruzar la verja, se acercaron a la puerta. Allí un par de guerrilleros les apuntaban con sus armas. José miró un momento uno de los rifles, le era sumamente familiar. Esa culata era la que llevaban algunos de los rifles de su fábrica, tenía una pequeña marca.

-iTúl ¿Qué estás mirando? -le gritó un guerrillero-. Date prisa.

-iSí, sí! Ya voy -respondió José.

El rifle del otro guerrillero era igual y todos los que pudo ver de cerca, eran iguales; todos tenían la pequeña marca en la culata. Se puso nervioso, pero intentó mantener la calma; no era sólo el hecho de que le estuvieran apuntando con rifle, sino de que algunos de esos rifles los había montado él, los había puesto a punto y ahora, le apuntaban a él. Cuando se lo dijo a Rosa, esta se sorprendió, le miró

fijamente y le dijo que no pasaba nada por eso, aunque en realidad, no estaba muy segura.

Pasada una semana llegó el helicóptero y el grupo del ejército se marchó vigilado por dos guerrilleros montados en él. Sánchez y el resto de sus hombres robaron todo lo que pudieron llevarse de "Villa Margarita" y salieron de la casa sin apuntar a nadie, pero sin soltar los rifles. Mientras cargaban las cosas en los coches, un grupo de gente del pueblo les miraba semioculta tras las barricadas; un par de vecinos se acercaron a Sánchez con mucho cuidado mientras le saludaban efusivamente, luego estrecharon su mano; una señora muy anciana se acercó también y se paró a cierta distancia de los coches.

-iLadrones! iNo sois más que unos falsos! -les gritó con voz chillona-. iDecís que estáis aquí para ayudar al pueblo y sólo venís asustando, disparando y robando!

-iSeñora, nosotros hacemos esto por el pobre pueblo que vive subyugado por los ricos! -le explicó Sánchez.

-iTonterías! No he pasado más miedo en toda mi vida que en estos días que habéis estado aquí. iLargaos de una vez! -le contestó la anciana.

Un guerrillero se acercó furioso hacia ella apuntándola con el rifle y le puso el rifle en la garganta.

-Oye, vieja -le dijo con rabia- cállate la boca o te pego un tiro. Total no perderíamos nada.

José no pudiendo aguantar más salió rápidamente de su escondite para defender a la anciana; un instante después comenzó a moverse más despacio, con las manos levantadas mostrando las palmas, acercándose lentamente hacia la anciana y el guerrillero. Rosa casi da a luz allí mismo cuando vio salir a José del escondite, pero consiguió ahogar el grito y se quedó mirando muy atenta.

-Eres muy valiente con ese rifle en las manos, ¿verdad? -le dijo José al guerrillero-. Pero sin él no eres más que un cobarde.

-iNo te acerques más o te pego un tiro! -le advirtió el guerrillero muy nervioso.

-iLorenzo! iVámonos! -gritó Sánchez.

José seguía acercándose muy despacio a la anciana, pero tropezó con una piedra y Lorenzo le disparó. José casi pudo esquivar

el disparo, pero le alcanzó en el costado y cayó dolorido al suelo. Algunas mujeres gritaron. La anciana corrió a auxiliarle y Rosa se lanzó hacia él como un rayo. Se levantó un murmullo entre la gente y empezaron a oírse voces de protesta ante tal acto.

-iQue no se mueva nadie! -gritaba Lorenzo- iCállense! iHe dicho que no se mueva nadie!

Lorenzo, fuera de sí, empezó a disparar hacia la gente tras las barricadas. La gente gritó y se agachó a gran velocidad. Algunas mujeres lloraban y gritaban que no querían morir.

-iLorenzo! iYa basta! iVen aquí! -gritaba Sánchez desde el Land Rover.

Lorenzo seguía disparando. Sánchez se acercó deprisa hacia él, llamándole por su nombre, pero Lorenzo estaba tan aterrorizado que no le oía. En ese momento se volvió hacia Sánchez y disparó cerca de él. Sánchez se paró en seco, con los ojos desorbitados, sacó su revólver y le disparó. Lorenzo cayó al suelo con un agujero en la sien, sangrando.

-iVámonos de una maldita vez! -aulló Sánchez.

Los guerrilleros se marcharon en medio del ruido de sus motores. Los del pueblo los miraban en silencio, la mayoría deseando que no volvieran a aparecer por allí, unos pocos maldiciéndoles interiormente, deseando que se pudrieran en el infierno, y otros pocos, que les apoyaban, culpando a la anciana de la muerte de Lorenzo; enterraron a Lorenzo en el cementerio y siempre que colocaban un ramillete en la tumba de un ser querido, ponían algunas flores sobre la tumba de Lorenzo.

José sanó de su herida y les contó a algunos del pueblo que los rifles que había visto de los guerrilleros eran de la fábrica de armas del pueblo y que, algunos, los había montado él, aunque otros vecinos que trabajaban con él, habían montado también rifles de esos. José dejó la fábrica y aceptó el puesto de capataz en casa de la señora Moreno. Rosa no pudo ponerse a trabajar en el taller de doña Dolores porque el niño era muy pequeño; eso sería más adelante. Estaban encantados con el pequeño.

La fábrica de armas, empezó a estar mal vista por los vecinos del pueblo a consecuencia del incidente con los guerrilleros y sus rifles. Unos pocos vecinos intentaron convencer a la mayoría de que. lo que debían hacer, era armarse todos para estar prevenidos contra otro ataque, pero la mayoría de los vecinos estuvo de acuerdo con los que afirmaban que la muerte de Lorenzo había sido suficiente y que de haberse presentado con armas ante los guerrilleros, el muerto no habría sido Lorenzo sino alguno del pueblo, o algunos. Además, los querrilleros no vendrían a atacar al pueblo, ni el ejército tampoco. La fábrica de armas tuvo que emplear forasteros porque los del pueblo ya no querían trabajar allí y, en cuanto podían, se contrataban en otro sitio. Algún tiempo más tarde, llegó a la fábrica un inspector del Gobierno para una visita de rutina, no dijo nada; sin embargo, volvió a visitar la fábrica acompañado de otros dos hombres y se quedaron en el pueblo unos días; a veces hablaban con un vecino y le hacían preguntas; también hablaron con José y éste le contó a Rosa que le habían preguntado algunas cosas sobre su trabajo en la fábrica. Al cabo de unos días se marcharon, y poco después, un vecino que había seguido trabajando en la fábrica informó en la cantina de que los del Gobierno habían cerrado la fábrica. Un par de semanas después, llegaron al pueblo funcionarios de la oficina del Fiscal General para interrogar a antiguos trabajadores de la fábrica de armas; a algunos les propusieron declarar ante el juez lo que les habían dicho. Pasados unos meses, pudieron leer en el periódico que al señor Juárez le habían condenado a varios años de cárcel por tráfico ilegal de armas.

Carmen Montero

Si el viento no soplara tan a menudo no tendríamos conciencia de las ramas que son agitadas por él, nunca nos damos cuenta del valor de algo, hasta que sufrimos su vacío... es estúpido pensar que alguien sabe quien es hasta que llega la posibilidad de la pérdida de uno mismo, que no es otra cosa que la muerte... sí, así es, la oscuridad ilumina nuestra luz y es en el fin del dolor donde hallamos el sentido del placer, la sabiduría se delimita a partir de la ignorancia y es por eso que el sabio es más prudente con lo que no sabe que arrogante con lo que sabe, y quien actuase de forma diferente no es sabio nada

más que para él mismo, lo cual no deja de ser lógico para alguien que no ve más allá de los tópicos que sobrevuelan sus propias narices.

YO NO SOY SABIO y lo más importantes es que yo estoy completamente seguro de eso y es a partir de mi ignorancia que delimito mi propio conocimiento, la conclusión a la que llego se divide en tres partes:

- -tengo que morir
- -nadie sabe porqué
- -muy poca gente tiene esto presente a cada momento que se para a pensar y yo sí y tampoco sé porqué...

Juan Carlos Jiménez Moreno

LOBOS AULLANDO EN LA NOCHE (o LA LLAMADA DE LAS HORMONAS)

Ha caído la noche de un día cualquiera. Yo me visto elegante y me digo: "Esta noche requiere una hembra". Así salgo a la noche atendiendo al instinto que me dice que hoy soy sólo fiera. Me reúno en manada afilando el colmillo. buscaremos en grupo cada cual su "tía buena" olvidando, en la caza, al amigo vecino. Voy mirando, goloso, cada posible presa, allí va un culo prieto, allá un talle bonito. Se respiran hormonas, invisibles por fuerza, más de efecto infinito sobre mis tristes células. Hoy lo siento, cariño, mas no sueño contigo. Voy buscando otra hembra que se venga a la selva a cumplir con su ley esta noche conmigo. Y el aullido de lobos se eleva cuando el lobo y su presa se van a su nido. Juan Luis Monedero Rodrigo

MONÓLOGO DE UN FANFARRÓN

"Es alucinante", me dije la segunda vez que probé aquella dulce sensación. (La primera no suele funcionar). No sé. Es difícil describir tan magnífica emoción. Es como sentirte transportado a un mundo ulterior, a una dimensión distinta de tu propia personalidad. Despierta esos instintos tan íntimos, tan ocultos en lo más recóndito de tu ser. Entonces reaccionas como nunca hubieses pensado, sientes despertar dentro de ti un algo, una fuerza misteriosa y tan poderosa que podría levantar montañas. Para quien lo haya probado sabe de lo que estoy hablando.

Ella estaba magnífica, maravillosa, envuelta en un aire de venturosa gracia, de alegría desbordante. Yo la vi de aquella forma, no sé si me engañaba, si se me nublaba la vista. Advierto que no es la primera vez que me ocurría. Sentía ganas de abalanzarme sobre ella morderla el cuello o yo que sé qué, morderla toda entera, si mi boca pudiera abarcar tan magnífico contenido, sorberla y no perder nada de aquella esencia, pues nada poseía merecedor de ser desperdiciado.

"¡Oh Dios! Frena estas ansias irrefrenables. Contén esta locura que me envuelve. Ciega esa mirada que me está matando. No puedo ; no puedo ; no puedo..!"

No pude. Apenas me hube dado cuenta allí yacía de forma tan lamentable. Todo magnífico, como he descrito antes. Paréntesis de irrealidad, nubes, trocitos de cielo, manzanas verdes, todo sobre el velo negro de los ojos cerrados. Es preciso no pensar en ello, de lo contrario estás perdido a las primeras de cambio. Procura pensar en cosas inmateriales y completamente neutras: el trabajo, árboles, un pañuelo, un polígono (nada que tenga curvas).

Y luego, ¿luego qué? Un mirar callado al blanco techo. Uno se arrepiente de no fumar en estos momentos. Aquí es donde es precisa alguna tierna carantoña no se vaya a creer que todo ha sido lo que ha sido. Por muy poco que apetezca se recomienda un tenue "te quiero" o algo que se le parezca. Tampoco debes vestirte inmediatamente. No está bien visto. Si se te ha hecho tarde di que sientes marcharte como perder la vida, que te duele el tiempo que no vas a tenerla a tu lado o lo que se te pase por la cabeza. No la dejes en la cama. Procura hacer que se levante porque si no se sentirá un poco despreciada. Si

puedes manténte a su lado hasta que el paréntesis haya hecho renacer el apetito, el ansia irrefrenable.

Narciso Tuera

NO ME BESO PORQUE NO ME LLEGO Nena, acércate a mí, no tengas miedo, seré un caballero diplomado. Ven a mi lado y siente lo que es estar cerca de un macho como yo. Todo un macho. eso es lo que soy. Es algo que se ve sólo con mirarme pero, si dudas un mínimo instante puedo demostrártelo donde quieras, cuando guieras. Nena, fíjate en mí. Tengo brazos de acero, firmes y fuertes. Imagina lo que sería para ti encontrarte entre ellos. iOh, nena! Sólo de pensarlo me excito. iEstoy tan bueno! Nena, te confieso un secreto, lo mejor de mí no se ve. Es algo pequeño que ha ido creciendo. No te puedes imaginar cuanto ha crecido algunas veces, nena, es mi amor por ti, ¿qué te creías? iVamos, nena! iMuérdeme! Lo estás deseando. Veo el deseo en tus ojos. Sé que quieres que te bese, que te toque.

iVen agui! iSiénteme! iOh, nena! iCómo vas a disfrutar! Estando conmigo es imposible que no disfrutes. Tienes suerte, nena, tú puedes sentirme de esa forma tan especial. Es algo que yo no puedo hacer. Yo puedo sentirte a ti, pero no puedo sentirme a mí. Es duro aceptarlo, pero es así. Lamento muchísimo no poder hacerme el amor a mí mismo iSería increíble! Así no tendría que buscarte, nena, no tendría que intentar embelesarte, no significarías nada para mí y no te necesitaría para nada. Es una verdadera lástima. Nena, tú no sabes nada de esto y es mejor que no lo sepas. Es mejor que sigas creyéndome maravilloso al verme tan arrogante. Nena, disfruta de mi cuerpo tú, que puedes. Es lo único que tengo. Carmen Montero

LA ALEGRÍA ONANISTA

Nada más plenamente satisfactorio que jugar un solitario. Sí, como los de cartas. Sin necesidad de compartir. Algo tan cómodo y simple como darte placer a ti mismo/a en el momento en el que el cuerpo te lo pide. Qué más da tener o no objeto de deseo. Qué más da tener ante ti al chico/chica del Playboy/Playgirl. Qué más da estar por completo solo. A veces hasta lo buscas. Adiós problemas, adiós

tensiones. Tú solo/a, tu cuerpo, el jugueteo, el placer, el alivio y la necesidad cubierta

LA IMAGEN

El reflejo no deja de atormentarme,

se hace aún más agobiante.

El espejo señala el brillo de su mirada

las mejillas encendidas

la boca danzarina acariciando el cristal.

Sonrisa voluptuosa

con una escondida promesa

de sensualidad instantánea.

Los ojos lanzan llamaradas de entusiasmo

camufladas bajo la piel de la ternura.

Belleza dotada de felicidad

adornada por una sagaz inteligencia.

Pura provocación

coqueteo insano

mezcla turbulenta de engaño y amabilidad.

Sublime arte de la seducción.

Caricias muy suaves

casi eternas

en un instante tan breve como mágico.

Seducción inquieta y reservada

con la timidez de un autómata.

Golpes vehementes, a la deriva, sobre un cuerpo aterrado.

Carne molida

sin aliento

ciega de éxtasis

rugiendo su deseo reprimido

entre miradas agotadas por el miedo.

Combate admirable en su simetría

tempestad de fuego que brota en enormes bocanadas

bailando armónicamente entre las llamas.

La cabellera revuelta sobre su desnudez transparente

intentando espantar la verdad.
La turgencia aguda de sus senos
ocultos en un imperceptible sostén.
Me lleva a la locura semejante visión
firmeza turbadora
revelación desesperante
excitación ineludible.
La solución pasa por ingenuos subterfugios
entre las sábanas enrolladas.
Huida del placer
el gozo de la inútil escapada.

Febril sensación cuando los bordes de los labios se rozan al besarse

Obsesiones fugitivas, sin embargo tan intensas, remueven la memoria.

Besos sabrosos, dulces y cálidos acogotan los sueños.

Consolador ideal de la soledad gastado por conquistas vacías.

Desmadejado como un trapo

herido de muerte

sangra la obscenidad del fracaso.

El deseo torna en odio furibundo.

Ceremonia cruelmente narcisista del enamoramiento frustrado

que desvela la felicidad del egoísmo.

Miguel Ángel Valero López

LA ALEGRÍA PEDÓFILA

A todos nos agrada la ternura. Nada hay más tierno que un infante, niño o niña. ¿Quién se atreverá a censurarme porque mis anhelos de ternura me lleven a compartir mi lecho con la inocencia, la dulzura? No hay que ser rudo, la ternura se manifiesta a través de todo tipo de caricias y sensualidades, mientras su rostro, entre sorprendido y asustado, me demuestra que su pequeño cuerpecillo, aún incompleto e inmaduro, también siente y que mi pasión se hace patente para su consciencia.

LAS FORMAS

Era una noche clara, suave y corta, había un ambiente limpio, mustio y tenue, me observaba un hombre orgulloso, infeliz y pálido, mi amigo estaba cercano, mudo y transparente y yo estaba guardando las formas, pero la noche se acabó y el ambiente se volvió sucio, el hombre se tornó furioso, mi amigo habló y yo estaba guardando las formas.

Era un día raro, caluroso y amarillo, había un ambiente viciado, oloroso y desagradable, me observaba un hombre perdido, falso y engreído, mi amigo estaba durmiendo, hablaba en sueños y lo hacía en otro idioma y yo estaba guardando las formas, pero el día acabó, el ambiente se tornó respirable, al hombre le saqué las tripas y mi amigo despertó y yo estaba guardando las formas

Era una noche de perros, duendes y vampiros, había un ambiente de mística y magia ensordecedora, el hombre que me observaba se volvió transparente, mi amigo fue a buscar a mi amigo y yo dejé de guardar las formas, miré dentro de mí y descubrí que aún quedaba algo de sustancia, sustancia que alimentaba mi deseo, mi amor, mi odio, mi pasión, mi noche, mi día, mis tripas, mi desconsideración, mi consideración, mi "estoy bien así", cogí esa sustancia, me la saqué de dentro y me embadurné de ella... después encontré la muerte.

La muerte no es como yo pensaba, es paulatina, no es de repente... la muerte es abrir los ojos y no cerrarlos, la muerte es la verdad. Estar muerto cambió mi perspectiva de la realidad nada me parecía igual que cuando estaba vivo ni la noche, ni el día, ni el hombre, ni mi amigo...

Entonces resolví que volvería a la vida sabiendo lo que sé de la muerte, el problema es que estaba demasiado muerto para volver a la vida pero entonces sucedió algo inesperado, me di cuenta cuando estaba muerto de que todos los sucesos astrales, supraterrenales que me sucedían en ese inhóspito lugar dependían sólo y exclusivamente de mí mismo. Estaba muerto pero nadie me tenía bajo su control, y se supone que las almas que dejan este mundo no campan por ahí a sus anchas, eso me demostró dos cosas, que no estaba muerto del todo y que si yo quería volver a la vida, eso sólo y exclusivamente dependía de mí. Subí la escalera infernal y llegué a la puerta de salida del Averno. En la puerta había un orificio y absolutamente nada más,

supuse que debía ser la cerradura, pero estaba desnudo y en el suelo marmóleo del infierno no había nada para introducir en el agujero. Así que resolví meter mi pene, poniéndolo lo más pétreo posible antes de meterlo, lo introduje esperando sentir un intenso dolor, pero el interior de aquel orificio estaba caliente, suave, acuoso era como la vagina de una mujer, empecé a apretar mis caderas contra la puerta de manera rítmica al principio y frenética al final, por fin eyaculé... las puertas del infierno se abrieron... y volví a la vida y allí estaba el hombre, la noche, el día, el ambiente, mi amigo y todos me miraban de forma extraña, quizás era porque estaba desnudo y "empalmado".

JUAN CARLOS "EL VIVO"

¿ESTO ES AMOR?

iTe quiero tanto! iNo puedo vivir sin ti! Tu sola ausencia me convierte en nada.

No valgo nada si tú no estás.

Me siento vacía cuando te marchas.

Es como si al partir te llevaras mi alma prendida de tu brazo.

¿Esto es amor? ¿O es quizá una obsesión que poco tiene que ver con algo tan elevado como el amor?

¿Cómo puedo creer que soy algo sólo si estás conmigo? ¿Acaso pierdo el ser porque tú no estés?

No... es mentira, he sido, soy y seré algo tanto si estás tú como si no estás; si estuviera sola en la luna, seguiría siendo algo; aunque no valdría mucho si me aislara tanto.

Te quiero, pero no porque me haga sufrir tu ausencia, ni porque tu nombre envenene mis sueños.

Te quiero porque me haces sentir bien; no es sólo tu apariencia; eres tú y lo que comunicas al hablar, al moverte, al sentir...; es tu presencia.

No me importa si tu sueldo es elevado, ni si tienes coche o una casa con dos cuartos de baño.

Tampoco me importa si eres guapo o feo, ni si sacas sobresaliente o suspenso.

Ni siquiera me importa si eres protestante, católico o budista

Te guiero porque si algo te gusta, te entregas a ello.

Te quiero porque contigo me siento bien; porque puedo confiar en ti.

Te quiero porque tienes verdaderas buenas intenciones con el mundo en general; porque te opones a los actos que violan los derechos humanos.

Te quiero porque aceptas compromisos y los cumples.

Te quiero porque tienes confianza en ti mismo.

Si me hace sufrir tu ausencia no es amor, es obsesión.

El amor es dejar ser y ser uno mismo, y si no estamos juntos, lo estaremos si los 2 lo queremos.

Carmen Montero

POEMAS DE VELACIÓN 1-DESVELO

Τ

No digas nada.

A veces es mejor así.

Tan solo piensa, dibuja en el aire
(el silencio lo es todo,
se expresa mejor, es más sincero).
La magia lo es solo por serlo.
Porque esta noche, esta dilatada
noche, la luna no brilla
allí fuera...

TT

Lo dijiste una sola vez, pero cuántas veces ya lo has dicho desde entonces. Porque posees ese magnífico don: decir las cosas una sola vez y que yo te oiga decirlas para siempre.

TTT

Elegir un único momento y revivirlo a cada instante. No vivir ya más fuera de ese minúsculo, absurdo intervalo, preludio de otros aconteceres, único y magnífico espacio de nuestras vidas. Cada segundo que pasa me alejo más y más de mí mismo, y siento esa extraña sensación: "He perdido algo en mi camino."

2- FL CENTINELA

Lo has visto todo claro.

No has dormido y por eso
nada de lo ocurrido ayer has olvidado.

Porque el insomnio es la lucidez
el sueño es el engaño;
apariencia de continuidad: sólo existimos
en pequeños intervalos.

Como el agua se escapa mansamente
de entre nuestras manos
así la vida lentamente se filtra
cuando dormimos, mientras
soñamos.

3- GOI TRAT

iOh Dios mío! iOh Dios mío! Todavía no puedo... no tengo la cabeza serena. iOh dulce! iOh amada mía! iCuánto infierno arde en todo! Tú, sola vastedad, la congoja de serlo todo y no ser nada para ti. iOh Dios mío! iOh Dios mío! Goltraí en mi alma, Goltraí. ¿Para qué escribo? ¿escribo para quien? No puedo, no sé, no debo... ¿Soy yo quien proclama las vicisitudes de mi único corazón? Yo estoy bien, pero esto no se acaba. iQué lejos aquellos dorados despertares donde mis palabras se fundían en tu silencio! iTodo estaba dicho sin haberte dicho nada!
Larga es esta noche que no termina,
noche interminable, noche de brillos estelares
noche de ojos abiertos en la oscuridad
noche larga,
larga noche de silbidos siniestros,
larga como tu ausencia,
larga como mi lamento.
Tenue resplandor de un brillo que no termina,
noche en que siento un agudo dolor en el alma,
sensación inefable que yo llamo goltraí.

¿Para guien escribo? ¿Escribo para gué? iSi sólo yo puedo escuchar mi sosegada voz interior! Si apenas resuena unos segundos para luego perderse como un eco irreversible, como tu voz callada. tu desolada mirada. iSi sólo yo conozco las huellas del reloj! iSi antes del silencio ya resonaba mi voz ancestral por montañas y valles que ahora conozco! Mi grito proviene de más lejos. Es el grito de los antiguos druidas celtas, el canto al dolor, el mismo dolor de ahora. Apenas puedo pronunciar tu nombre, ese nombre que resuena tan profundo, tan hondo, acerada garganta que proclama tu advenimiento. Porque lo sé ahora (lo he sabido siempre) que tu nombre me evoca GOLTRAÍ. Narciso Tuera

ESTOY ENAMORADO

- -¿Tú me quieres, Leandro? -preguntó Violeta esperando una sola respuesta.
 - -Tú sabes que sí, mi amor. Y nada ni nadie nos podrá separar.
 - -Pues tus padres no aprueban nuestro amor.

- -Ya. Ellos quieren que me case con Marta, la hija de su socio. Pero van listos. Yo te quiero a ti y nada podrá cambiarlo.
- -Más te vale. Porque si te vas con otra soy capaz de pegaros dos tiros, uno a cada uno.
- -No nos podrán separar. Parece mentira que en nuestros días aún haya quien piensa en bodas de conveniencia. Fíjate que quieren llevarme a un médico y todo para que me "cure". Como si mi amor por ti fuera una enfermedad.
- -Sí, es una enfermedad, pero la más dulce de todas. Yo voy a morir de ella.

Leandro y Violeta se abrazaron y se dieron un prolongado beso. Se quedaron tumbados sobre el césped un buen rato y, finalmente, se despidieron con otro beso y con la promesa de que nunca nada se interpondría entre su amor.

Los padres de Leandro lo estaban esperando. Tenían que ir al médico y Leandro se había retrasado. iVaya cruz la que tenían con él! Nunca pensaba en el porvenir de la familia.

- -Ya vendrás de ver a la muerta de hambre esa -dijo el padre.
- -Sí, ¿y qué?

El padre movió la cabeza reprobatoriamente pero se calló. A fin de cuentas, su hijo era joven y aún no sabía lo que es la vida ni lo que es importante.

-Anda hijo, sube al coche que ya llegamos tarde -dijo la madre.

Los tres subieron al auto y el chófer los llevó hasta la clínica privada del doctor Fernández, el hombre que, según les habían dicho, podía resolver su problema de un modo científico.

- -Hola, muy buenas tardes -saludaron los padres un poco cohibidos a la entrada.
- -Son ustedes los López, éverdad? El doctor los recibirá en unos minutos.

Quien les respondió fue una enfermera despampanante que los acomodó en una sala de espera y entró a la consulta del doctor dejándolos solos a los tres.

Cuando la enfermera reapareció, se encontró una tierna escena familiar: el padre enfadado con el hijo, el hijo con cara de perro y la madre con cara de boba.

-Pasen, por favor. Mi marido los está esperando.

El padre no pudo por menos que envidiar al doctor por aquella mujer hiperdesarrollada que le había tocado en suerte.

Los tres entraron a la consulta y allí los recibió un tipo canijo y de mirada estrábica, o cara torcida, según se viera, que resultó ser el doctor Fernández, el marido de la enfermera superdotada.

-Bienvenidos, señores. Por favor, siéntense. ¿Qué? ¿Les sorprende que ella esté casada conmigo? No hay imposibles ni milagros. Ella fue sometida al mismo tratamiento que aplicaremos a su hijo. ¿Es éste el mozo?

Los padres asintieron y el hijo lo miró suspicaz, entre temeroso y desafiante.

-Naturalmente, hoy no resolveré su problema. Tan sólo voy a hacerle unas pruebas al muchacho. También tengo que hacerle estas pruebas a la hija de su amigo. Luego ya los reuniré aquí a todos y arreglaremos la situación en un plis-plas.

Los López no sabían si la confianza que se reflejaba en la voz del doctor era simple desparpajo y labia con los que pretendía envolverlos o verdadera convicción del éxito de su tratamiento.

-Por favor, siéntense. Ustedes -dijo a los padres- si quieren pueden esperar fuera. Claro que, si lo prefieren, tampoco tengo ningún inconveniente en que se queden aquí. En realidad lo preferiría, ya han visto que me gusta hablar y su hijo me parece que, por el momento, no es un buen interlocutor.

Los padres aceptaron la sugerencia del doctor y apoyaron sus enormes traseros sobre un sofá que, a tal efecto, adornaba la sala. Leandro se quedó de pie, con su cara de perro y los brazos cruzados en actitud displicente.

-Bueno, muchacho, ¿cómo te llamas? -preguntó el doctor en tono jovial mientras procedía a auscultarle.

Leandro no respondió y lo hizo su madre, presumiendo, como siempre, de hijo.

-Se llama Leandro, como su padre.

- -Vaya, Leandro. Así que estás enamorado y no te gusta la chica con la que estás prometido.
 - -No estoy prometido con ella -replicó Leandro irritado.
- -Ya veo que tienes lengua... Bien, es un joven sano y fuerte así que no habrá ningún problema para aplicar el tratamiento... Pues mi querido muchacho, te aseguro que dentro de unos días esa chica te va a parecer la más bonita y encantadora del mundo.

Leandro soltó un "puff" con desgana y sonrió sardónicamente. Él amaba a Violeta y ningún matasanos engreído iba a cambiar eso.

-Siempre es la misma reacción. Se burlan, no me creen. Pues sí hijo, sí. Te vas a enamorar de esa chica. Puedes estar seguro. Con la seguridad que da la ciencia. Recuerda, yo soy médico, no un brujo ni un curandero. Soy un médico, un científico, y mi método funciona.

El doctor tomó entonces un inyector y se dispuso a sacar una muestra de sangre del brazo de Leandro.

-Pues sí, mi querido Leandro, dentro de poco te sentirás tan profundamente enamorado de esa chica a la que aborreces que te parecerá increíble haber estado tan ciego a sus encantos. ¿Cómo sucederá este milagro?, te preguntarás. No es ningún milagro; es ciencia. Antes la gente pensaba que el amor era algo así como una inspiración divina, una querencia del alma o cualquier cursilería por el estilo. Pero se equivocaban, señores. El amor es tan sólo un mecanismo fisiológico. Igual que comer, dormir o sudar. Tan sólo hay que saber provocar las reacciones adecuadas y se consigue un enamoramiento como cualquier otro.

El doctor observó con aparente curiosidad la muestra de sangre roja y viscosa que ocupaba el depósito del inyector, pero al instante extrajo el depósito y lo introdujo en una nevera, luego, retomando el hilo de sus palabras, acomodó a Leandro en un butacón y se dispuso a hacerle un electroencefalograma.

-Sólo hay que saber hacer saltar los resortes del amor -prosiguió con su perorata mientras le colocaba un casco al pobre muchacho-. Es una simple cuestión de hormonas y neurotransmisores. Tal vez les sorprenda lo que digo, pero no es más que la naturaleza en acción. Por supuesto hace unos años todo esto era impensable. Por ejemplo, hasta hace cuatro días se pensaba que las feromonas eran cosa

de insectos y otros bichejos pero no del hombre, y, sin embargo, ahí las tenemos: las feromonas humanas que atraen a unos y otras, afectan a todo el mundo y nadie se da cuenta, pero haberlas haylas. Y qué me dicen de los neurotransmisores, de las hormonas que nos hacen sentir excitados, felices, cansados o deprimidos. Hace años no se conocía nada de esto, pero ahora no sólo conocemos su existencia y mecanismos de acción sino que además podemos manipularlos a nuestro gusto... Bueno, pues ya está listo -dijo de repente y le quitó el casco a Leandro-. Ahora sólo tengo que revelar las pruebas genéticas y psíquicas para ver cuál es el tratamiento más adecuado. Las de su hijo y las de la otra chica.

- -Entonces, éya nos podemos ir? -preguntó la madre, un poco cansada de la cháchara del doctor.
- -Sí, mi bella señora. Ya les llamaré cuando tengan que traerme a su hijo para realizar el tratamiento. Y no se preocupen: mi tratamiento nunca falla.

Los López se marcharon. En honor a la verdad, no confiaban mucho en los procedimientos del doctor, pero por probar nada se perdía, nada más que un precioso dinero. Leandro, el hijo, no hizo comentario alguno. Su cara de enfado era el mejor comentario.

Aquella noche, Leandro y Violeta volvieron a verse. La cara de felicidad con que Violeta lo recibió compensó a Leandro por las fatigas de aquella tarde.

- -No estaba segura de que vinieras -le dijo Violeta.
- -Ya te pensabas que el doctor Frankenstein iba a convertirme en su monstruo, ¿no? Pero, icómo no iba a venir! Ni mis padres, ni el tipo loco ése, ni cien médicos como él podrían hacer que dejase de quererte.
- -¿Iba a hacer que dejases de quererme? ¿Y cómo? -dijo Violeta, hasta cierto punto sorprendida, pero con un tono burlón de incredulidad.
- -Yo qué sé. Dijo algo de que el amor era pura química y que iba a conseguir que me enamorara de la imbécil de Marta, ya sabes, la novia que me han buscado mis padres. Pero todos están locos. Aunque el amor fuera química, no creo que en un laboratorio nadie pudiera superar la reacción que se ha producido entre nosotros.

- -iTonto! -le dijo ella antes de besarlo- No teníamos que tomárnoslo a broma. Sea como sea, tus padres no van a consentir nuestro amor y harán lo imposible para intentar separarnos.
- -Tienes razón. Pero no lo conseguirán. Y no vamos a darles ocasión para intentarlo. iFuguémonos!
 - -iTú estás loco!
- -Sí, por ti... En serio. Vayámonos de aquí. Somos mayores de edad, ¿no? Ya no pueden interponerse en nuestro camino.
- -Pero, pero es una locura -objetó Violeta con una cara de satisfacción que no ocultaba la fascinación que en ella producía la idea de una fuga-. Tus padres te desheredarán, nos buscarán...
- -¿Acaso te importa? -le replicó Leandro con una sonrisa de complicidad.
 - -No me importa lo más mínimo.
 - -Entonces, decidido: nos iremos.

Los dos novios se fundieron en un cálido beso que materializó toda la felicidad que los invadía. La fuga era una locura, sin duda, pero, además de una solución a sus problemas, era una locura maravillosa.

- -¿Cuándo? -preguntó Violeta acariciándole el pelo.
- -No sé. ¿El viernes? En tres días podremos arreglarlo todo para irnos. Sacaré unos billetes hacia donde sea, reuniré todo el dinero que pueda y nos iremos.

Ya no hablaron más del tema. Después estuvieron tonteando un rato hasta que se hizo tarde, entonces dieron un corto paseo hasta la casa de Violeta y allí se despidieron hasta el día siguiente. Leandro volvió a casa y tuvo que soportar una bronca de sus padres. No le importó. Ya sólo tendría que aguantarlos tres días más. Luego, la felicidad lo esperaba.

El día siguiente fue de total actividad. Leandro sacó dos pasajes de avión para marchar lejos, muy lejos. Leandro fue al banco y cerró su cuenta, llevándose todo el dinero que, durante años, sus padres habían ingresado para él. Compró ropa y calzado y lo metió todo en una maleta que llevó a casa de Violeta para que sus padres no sospecharan de su fuga. Ella, por su parte, había hecho otro tanto, aunque tenía menos dinero que reunir y ninguna razón para ocultarse.

Leandro no pasó apenas por casa en todo el día, así que, cuando volvió por la tarde, le sorprendió que su madre lo recibiera sin ninguna regañina.

-Ha llamado el doctor -dijo-. Hemos de ir mañana a las seis de la tarde a su consulta. Ya lo tiene todo solucionado. Además, me ha dicho que hoy ha visto a Marta y ella no ha opuesto ninguna resistencia a su tratamiento. ¿Ves, hijo? Para que aprendas lo que es una muchacha obediente.

Su madre continuó hablando. Leandro no escuchaba. Aquello le había pillado desprevenido. No esperaba que aquel tipo fuera tan rápido. Seguro que sería una filfa, pero, ¿y si no? No podía arriesgarse, pero igualmente era un riesgo precipitar su fuga con Violeta. Los billetes de avión eran para dos días después, aunque tal vez pudiera cambiarlos. O tal vez... Tal vez lo mejor sería volver a ver a Violeta. Tenía que saber lo que había ocurrido y ambos tomarían una decisión, la que fuera, de común acuerdo.

Leandro dejó a su madre con la palabra en la boca. Sin dar ninguna excusa, volvió por donde había venido y se presentó, sin previo aviso, en la casa de Violeta.

-¿Qué quieres? ¿Cómo vienes a estas horas? -Violeta lo recibió sonriente, divertida por la nueva ocurrencia de su novio.

-No es un juego -contestó Leandro, sorprendentemente serio-. Mañana van a llevarme de nuevo al médico ése para que me aplique su tratamiento.

- -Bueno, ¿y qué? ¿No es un comediante?
- -Sí, vamos, eso creo -replicó Leandro sin convicción-. Pero he pensado que sería mejor no ir, que sería mejor que tú y yo nos marchásemos esta noche.

Violeta no estaba segura de lo que debía decirle. Por una parte, quería marcharse con él y, por otra, le asustaba la fuga. Ella había contado con dos días más para pensar y decidirse. Pero en este momento se habían precipitado los acontecimientos y, con ello, sus dudas de última hora.

- -Pero los billetes son para pasado mañana.
- -No importa. Los cambiaremos y, si no nos los cambian, nos iremos por ahí y ya tomaremos el avión.

Leandro estaba llevando la locura al límite, como si de verdad temiera lo que aquel medicucho pudiera hacerle. Pero a Violeta ese modo de actuar no le parecía bien. En cierto modo, ella todavía esperaba que los padres de Leandro acabarían aceptándola, pero la fuga, y más aún en esas circunstancias, serviría para que ellos la odiaran todavía más.

-No sé, Leandro, no sé. No sería mejor esperar a ver qué sucede mañana. Tal vez si tú cedes a sus deseos, vas a ver a ese médico y les demuestras a tus padres que nuestro amor es verdadero y que no pueden hacer nada para separarnos, entonces ellos acabarán por aceptarme. Y, en todo caso, tendremos dos días más para meditar y preparar nuestra fuga.

Claro, Violeta tenía razón. No debían precipitarse. No podían hacer una locura, sin más. Había que agotar todas las posibilidades, había que hacer tiempo. Leandro casi se avergonzó de su estupidez. iCómo podía haber dudado de su amor! Sí, eso era lo que había hecho. Menos mal que Violeta, su querida Violeta, le acababa de demostrar lo que era fe y confianza. ¿Qué podía separarlos si su amor era fuerte y verdadero?

-Tal vez. Tal vez tienes razón, Violeta. No sé qué me ha pasado. Me he vuelto como loco. La sola idea de poderte perder me ha trastornado.

-¿Entonces?

-Entonces iré mañana y les demostraré cuánto te quiero. Ni mil médicos, ni todas las medicinas del mundo, podrían separarnos. Hasta mañana, querida.

Leandro besó a Violeta y se fue tranquilo, casi contento. Violeta no estaba tan confiada como había aparentado. Tal vez debían haber escapado de todo y de todos aunque fuera una locura. ¿Y si el médico no era un charlatán y lograba alejar de ella a Leandro? Ella no lo podría soportar. Pero no. Eso era imposible. Leandro la amaba y nada podía haber más fuerte que el amor.

La determinación de Leandro de demostrar a sus padres que su amor era verdadero y no podía borrarse como la fiebre con la aspirina no cedió en todo el día siguiente. Sus padres, la verdad, viéndolo tan tranquilo ante la visita al doctor, no sabían qué pensar. Ellos esperaban que su hijo se opondría con todas sus fuerzas. Pero se equivocaron.

Leandro parecía un tierno corderito dispuesto a ir al matadero, sólo que un brillo de resolución se reflejaba en sus ojos, y este detalle no escapaba a su madre. Su hijo estaba dispuesto a ir al médico que le habían impuesto, pero estaba seguro de que su voluntad sería inquebrantable. Su madre sintió algo de lástima por él. Tal vez quererlo forzar de aquel modo no estaba bien, tal vez todo sería un fracaso y sólo serviría para que su hijo se distanciara de ellos. Quizá debían haber consentido su amor y no mezclarlo con los negocios. Pero, équién convencería a su marido de que obraba mal?

El padre, por su parte, era el más nervioso de todos. Sólo esperaba que el tratamiento fuera efectivo y que el médico no fuera un charlatán. Si aquello era un timo, él sería capaz de matar al médico. No podía consentir de ningún modo que se estropease el más importante negocio de su vida.

El día transcurrió lentamente y a las cinco y media de la tarde los tres, padres e hijo, salieron camino de la consulta, sin que por el camino ninguno mediara palabra.

Leandro no sintió flaquear sus fuerzas ni cuando se detuvieron ante el consultorio. Allí fuera estaba el vehículo de los García-Prieto, sus socios. Luego la estúpida de Marta, junto con sus "adorables" padres, estaría ya dentro.

Los López hicieron lo propio. Entraron a la sala de espera con cara de velatorio. Dentro estaban los García-Prieto, así que los padres se saludaron amigablemente entre sí sin poder ocultar la preocupación que los embargaba.

Leandro no saludó a nadie. Miró con cara de odio a la imbécil de Marta y sólo vio unos ojos saltones de borrego que lo observaban con el máximo interés. iCómo no iba a estar de acuerdo la mema de Martita con aquel bodorrio que habían dispuesto sus padres! Se lo estaba comiendo con los ojos. Pero a Leandro le daban ganas de vomitar. Marta era fea, boba, mema y vulgar, y él preferiría morir antes que casarse con ella. Sólo había unas pocas personas en el mundo a las que Leandro odiaba más que a ella: a los padres de ambos, a los de Marta y aún más a los suyos propios.

El doctor Fernández y la enfermera, su mujer, salieron al recibidor. El doctor parecía alegre, casi eufórico.

-Bien, ya están todos aquí. Pues vamos al asunto. Por favor, señores -les dijo a los padres-, ustedes permanezcan aquí, sólo pueden entrar sus hijos. Y no se impacienten, por favor. Si necesitan algo, la enfermera los atenderá. Venid, muchachos.

El doctor, para hacer cumplir su petición, tuvo que tomar del brazo a Leandro. Marta, por su parte, los acompañó de buen grado. Leandro no ocultaba su irritación, pero cada vez que su mirada se cruzaba con la del doctor sólo conseguía que este sonriera maliciosamente.

-Muchachos, relajaos. Esto durará un ratito y no hay razón para que estéis tensos. En especial tú, Leandro. Déjate llevar, como Marta.

A Leandro ese presuntuoso le estaba hinchando las narices. Hablaba como si de veras estuviera seguro de su éxito, como si no fuera un engañabobos. Dejarse llevar, como Marta. Leandro pensó que Marta se dejaría llevar gustosamente al altar aun sin tratamiento. Total el doctor, si es que lo era, podría disculparse después diciendo que sólo Marta había respondido favorablemente al tratamiento.

El doctor sacó de un armario unos depósitos de inyector desechables y unos tubos de ensayo. Espió con curiosidad la reacción de sus pacientes y dijo sonriente:

-Estos son los filtros de amor. Pero antes debo aumentar vuestra receptividad.

Marta parecía asustada y sorprendida, Leandro sólo asustado. ¿Y si después de todo su fanfarronada era cierta?

-Para eso debéis tomar estas pastillas. Tranquilos, son unos suaves analgésicos. No os voy a drogar -se justificó ante Marta, que se puso nerviosa-, es para poderos hipnotizar mejor.

"iAcabáramos!", pensó Leandro. Ahora sí que estaba seguro de que aquello era un timo soberano. Sólo pretendía hacer la pamema para que no se enterasen de lo que sucedía.

-Ya os he dicho que sólo es para aumentar vuestra receptividad, querida. Os enteraréis de todo lo que ocurra.

El doctor les dio las pastillas e inmediatamente, sin que las pastillas hubieran tenido tiempo de actuar, los hipnotizó a ambos a la

vez. A Leandro le resultó extraño sentir sueño cuando aquel hombre, con una voz que no parecía la suya, así se lo indicaba.

Pero no perdió el sentido. Luego la pastilla empezó a hacer efecto y Leandro sintió una ligera modorra mezclada con una alegría estúpida que no quería sentir. Entonces, el doctor Fernández mezcló, en determinadas proporciones, el contenido de algunos de sus tubos y llenó un inyector. Luego, puso en el otro depósito líquidos diferentes y se dirigió a cada uno de sus pacientes. Inyectó uno de sus filtros a Marta y se disponía a hacer lo mismo con Leandro, quien, a pesar de su amodorramiento, lo miró con cierta aprensión.

 -No te asustes, hombre. Son sólo hormonas, transmisores y algún euforizante. Van directas al cerebro, o, si lo prefieres, llámalo corazón.

El doctor, mientras hablaba, inyectó el contenido del segundo depósito en el brazo de Leandro.

-Pues ya está. De aquí a media hora habrá hecho efecto. Luego tendréis que venir dentro de seis meses; esto es como las vacunas: a los seis meses la de refuerzo. Y ahora os dejo aquí solos para que os enamoréis.

El doctor salió y tranquilizó a los padres asegurándoles que todo sería un éxito y que en media hora podrían irse.

Leandro no entendió muy bien lo que decía el doctor. Tampoco le importaba, se sentía feliz, aunque todavía conservaba el suficiente sentido como para saber que todo se debía a la droga. Leandro, poco a poco, sintió que iba recuperando la voluntad y no notó nada especial. El tiempo pasaba y Marta, sentada con cara de boba delante de él, seguía pareciéndole tan repelente como siempre.

Un rato más y todo terminó. Leandro se sentía más feliz que nunca. No se le había ocurrido que aquel día que se le pintaba tan espantoso fuera a resultar un día casi perfecto. Volvieron a casa y Leandro pensó que ya sólo faltaba hacer una cosa para que aquel día fuera completo. Debía acudir aquella noche a la cita con Violeta.

Cuando Leandro llegó, Violeta ya lo estaba esperando. Leandro la sonrió desde lejos, no podía evitar que la felicidad que sentía se le escapase por todos lados.

-Hola, cariño -dijo Violeta con el rostro iluminado-. Ya temía que no fueras a venir. Llegué a pensar que, después de todo, habían conseguido que dejases de quererme.

Violeta era preciosa y estaba tan feliz como él. Lo había estado esperando y su llegada la había emocionado. Leandro casi sintió lástima por ella.

-Bueno, pues mira, la verdad es que ya no te quiero. No me preguntes cómo ha ocurrido o por qué. Pero, aunque parezca increíble, me he enamorado de Marta.

-Pero si la odiabas -le replicó Violeta sin dar crédito a lo que oía, pensando que se trataba de una broma de mal gusto.

-Lo sé. Me repugnaba y no sé cómo era posible. Ella es maravillosa, ahora me lo parece. No sé cómo lo hizo. El doctor nos puso una inyección, nos dejó solos y al cabo de media hora estábamos enamorados el uno del otro. Según pasaba el tiempo yo no sentía nada, me convencía de que Marta era insufrible y, de golpe y porrazo, me di cuenta de que era mi chica ideal, mi amor de toda la vida y de que tenía que besarla. En serio, nunca en la vida he sentido un amor tan intenso como este.

-Pero tú estás loco. ¿No te das cuenta de que estás drogado?

-¿Drogado? Puede ser. Pero es maravilloso. La quiero. No se puede explicar. Tienes que aceptarlo como yo lo he hecho. Lo siento, no puedo decirte otra cosa. Lo nuestro tiene que terminarse. De hecho, para mí ya se ha terminado.

-iLeandro! -le gritó ella con dos lagrimones en los ojos- iYo te amo! Estoy enamorada de ti. No me puedes hacer esto.

Leandro sintió verdadera lástima por ella. En cierto modo todavía la quería. Era una chica muy maja, muy simpática, muy agradable. Y habían sido novios hasta ese mismo día. Pero de nada servía engañarla o consolarla. Lo único cierto era que amaba a Marta y no podía vivir sin ella.

-Yo lo siento de verdad, Violeta, pero debes asumir que ya no te quiero. Estoy loco por ella, ¿comprendes? De verdad Violeta, lo que debes hacer es ir tú también al médico. Búscate alguien que te convenga, no importa que sea guapo, feo o estúpido, y ve al médico. Te sentirás tan enamorada que no te importará nada más. En serio, nunca

podrías imaginar unos sentimientos tan puros e intensos como los míos hacia Marta

Violeta quería comprenderlo, pero no podía. El amor que se tenían era verdadero, era real y tangible. Era natural. Y un medicucho con una inyección había acabado con todos sus sentimientos. No sabía si reír o llorar. Vio como Leandro se despedía de ella y se marchaba de su lado para siempre. A ella se le estaba rompiendo el corazón y lo único que podía hacer era ver como se marchaba aquel nuevo Leandro, aquel desconocido al que había amado creyendo que aún era el Leandro que había conocido.

Violeta lloró durante semanas, verdaderamente desesperada por la marcha de Leandro. Pensó que su futuro sólo podía ser morirse de amor, pero de eso es difícil morirse. Además, según Leandro, ya no era necesario sufrir. Sólo había que ir al médico para pedir un filtro adecuado.

Cuando aún estaba en la cúspide de su depresión, le llegó una invitación para la boda de Leandro y Marta. Sus padres ya podían estar contentos, casi tanto como los amantísimos hijos.

Violeta no asistió a la ceremonia. Sí lo hicieron cientos de invitados, que comprobaron que aquella boda, tan productiva para los intereses de los padres, había sido, sin embargo, por amor.

Leandro y Marta se casaron, fueron felices, comieron perdices y tomaron pastillas para que su amor siguiera siendo siempre el mismo.

> Juan Luis Monedero Rodrigo (extraído de "Historias del desamor", JLM 1992)

NOMBRE ENCONTRADO

Tu nombre me ha sido revelado como constelación de sentimientos. Mis labios se sorprendieron afirmando la esencia de tu contenido más diverso. Jamás hallé palabra alguna que mostrara tan vasto universo (salvo la palabra "amor", sometida a tu heteronimia).

La primavera ha llegado de improviso trayéndome en tu existencia el mundo entero. Nunca unas letras formaron un sistema tan heterogéneo. Nunca encontré en la distancia mejor forma de decir lo que siento

Narciso Tuera

"Abrasarse de amor y ser la nada sin memoria..." Vicente Aleixandre.

TU CAMINO

Subir-Bajar.

Ascender-Decaer.

Ahora me elevo hacia lo alto como un cohete para, poco después, caer hacia el abismo que antes era mi altura.

Me gustaría encontrar un camino, recto y estable, que no se rompa haciéndome caer al pozo.

Un camino, paralelo al tuyo, que se eleve suavemente hacia arriba.

Olvidarme de las bajadas de vértigo, de las que tanto cuesta salir.

Saber mantenerme, más o menos, al mismo nivel; siempre ascendiendo, siempre...

Donde las caídas serían pequeñas, fácilmente detectables y rápidamente solucionables.

Llegar a saber cómo hacerlo, cómo serlo...

Siento que he abandonado cosas en el camino; dejaron de importarme; cosas banales, sin sustancia, sólo corteza, huecas por dentro.

Buscaba algo íntegro, completo, cuya apariencia se correspondiera con la verdad.

Voy encontrando cosas así, verdaderas, como tú.

Pero el camino es lento cuando se interponen tantas mentiras, cuando siguen intentando pararte esos múltiples muros.

Entonces, sólo queda una opción, apretar los dientes y seguir avanzando en tu camino, que te lleva a lo alto de la montaña... y más allá

Carmen Montero

LA ALEGRÍA MASOQUISTA

Creer que existe el placer sin dolor es pura ingenuidad. Desligar el dolor del placer es simple estupidez. Lo más excitante, lo único que te hace vibrar de verdad, ponerte cachondo, es sentir el dolor que te invade. Saber que te maltratan. Saber que te quieren maltratar. Que esa es su forma de quererte. Dolor. Daño. Culpa. Nunca imaginarías que de esa mezcla de sufrimientos físicos y mentales pudiera surgir el más completo gozo. Pero así es. No se puede explicar. Se siente o no se siente. Y nada más.

FALTA DE HUEVOS

La visión que impera en este país es la visión de quien no ve más allá de su propio culo. Señoras y señores el futuro de la economía está en manos de los empresarios, ojalá esto no sea verdad porque entonces no hay esperanza a no ser que cambie la mentalidad del empresario actual. Hoy día el empresario es un hombre con miedo, es un funcionario que montó una tienda, es un paranoico que ve la causa de su fracaso en todas partes menos en él mismo, la visión que tiene de un empresario ideal es la de alquien que trabaja poco, y gana mucho porque es muy listo o peor aún la de alguien que haga lo que haga gana siempre un FIJO. Hasta tal punto llega la cobardía y la paranoia del empresariado español, que piensa que tener trabajadores es...iPELIGROSO! porque iDIOS MÍO! hay que pagarles tanto, ven en el trabajador no una inversión sino un gasto. El mismo empresario que denuncia a la policía a los vendedores ambulantes porque ganan dinero y no pagan impuestos, piensa que las cosas le irían mejor si no pagase tanto a hacienda. Pero señores esto no es ÁFRICA y si usted pedazo de melón metido a creador de gilipollez en vez de riqueza, quiere contratar a un ser humano, esta persona debe tener unas garantías pues nosotros pagamos impuestos que posibilitan que usted gane

dinero en una sociedad con carreteras, medios de pago y de cambio y civilización en general.

Meterse a empresario es tener una responsabilidad ante los demás y si usted no puede permitirse contratar a nadie, es porque no sabe o no puede crear riqueza para nadie más, así que lo que tiene que hacer es no intentarlo.

El auténtico problema es que en esta sociedad impera la doctrina del óptimo de Pareto que no acepta sacrificios por pequeños que sean, en general sólo se hace algo por alguien si esto no te perjudica a ti, sin tener en cuenta la dotación inicial de factores que cada elemento tiene.

Ya nadie espera nada, solo teme de algo, tenemos miedo al futuro por eso no crece la inflación, ni la natalidad, ni la virginidad, ni la fidelidad, ni la promiscuidad, por eso crecen los radicalismos, las sectas, el paro, la falsedad, la superficialidad, por eso la gente estudia por dinero, por eso la gente se casa por dinero, por eso se vota conservador porque el cobarde teme al cambio aunque viva en la mierda, porque piensa que aún hay algo peor que esto, la juventud se ha vuelto vieja y los cuarentones salidos manifiestan su miserable miedo a la señora de la guadaña metiéndose entre las piernas de una jovencita que tiene más años y huele más a rancio que ellos... iiiNOS FALTAN HUEVOS SEÑORES!!!. El mundo es como es, la vida es muy dura, es mejor no revelarse, sois una mierda, todos somos una mierda, somos incapaces de crear belleza, de jugárnosla, de echar un buen polvo, de construir el mundo, somos marionetas en sus manos, buscamos una vida cómoda y si alguna vez nos entran ganas de dar por el culo al mundo nos hacemos una paja filosófica con un libro o escribiendo esto o discutiendo en un bar de copas pero no hacemos nada, no probamos nada, sólo buscamos la integración, una vida a imagen y semejanza de la de nuestros padres lo más pronto posible.... iiiNOS FALTAN HUEVOS!!! Desde aguí mi homenaje para los que sí los tienen y mi arenga para que se conviertan en el nuevo empresariado español que este país necesita.

MARIANO CORTOPORLOSANO

IOH CULTISTA! Excelsa verborrea. Pasión desenfrenada a contrapelo. Tu verso me marea. Deja de maltratar el mito griego soñándote poeta. Eternas alusiones a oscuros personajes que no entiendes. Describes corazones y extrañas emociones que no sientes llenándolos de errores. ¿Por qué repites siempre tu rutina? ¿Por qué corrompes siempre lo pasado? ¿No ves que con tu letra traes la ruina? ¿No ves que el corazón ya se te ha helado? Confundes emociones. aplicas al sentir tu mente esteta. Invitas a traiciones contra obras de algún que otro gran poeta si un libelo compones. Deja ya a tu Persea. Olvida de una vez tus buenos Ninfos. Cesa en tu cantinela. Deja ya de mezclar en duros ripios palabra hermosa y poesía fea. Antón Martín Pirulero

MIS SERVIDUMBRES CON PLATÓN

Las tinieblas arropan el juego de luces que parecen haber colgado de extremo a extremo del cielo, la vista se pierde en el "insondable" y deja paso a la imagen de mi pensamiento, que te dibuja y te perfila, que te da voz y que pone en tu boca palabras nunca antes pronunciadas hacia mí... amanece, tu silueta juguetea con el inverso crepúsculo y una ilusión de un beso de fuego se deshace en mis labios con la pionera luz del sol... otra noche más te has ido de mi universo posible a mi universo increíble... anoche sabía que sólo eras un sueño

pero me era difícil creerlo, hoy eres una pasión nocturna que se desvanece ante la calurosa realidad, pero volverá la noche y tú volverás a mí, a mis besos, a mis caricias, a eso que sé que nunca tendré de ti, a esa delicada perfección del que se sabe actor y actriz principal de una bella obra; en la que nadie, que no sea yo, puede fallar. Mi amor por ti es anónimo, imposible, inacabable, inmune a la rutina, nocturno, sólo está en lo bueno, en la salud, y la muerte jamás lo separará puesto que la vida nunca lo unió. Nuestro amor sólo existe en la noche, en las sonrisas de la luna cuando estoy solo, vive en la motivación que un trasnochado caballero andante como yo necesita para luchar con la piedra de Sísifo sin caer en la seducción de la parca. Sólo quiero decirte que gracias por existir, pues es lo único que mi amor te exige, iexiste hasta que yo no lo haga y te amaré hasta la última noche de mi vidal

Juan Carlos Jiménez Moreno

TFLEBODRIO

Buenos días.

Bienvenidos a TELEBODRIO.

Siguiendo nuestra costumbre, que es la suya, hemos preparado una suculenta programación pensando sólo en usted. Una programación interesante con todo lo que a usted le gusta.

Para usted, señor, tenemos algo a lo que no podrá negarse; no, no podrá. Se trata de violencia, sexo y guerra. Alucinante, ¿verdad? En esta parte de la programación no hay lugar para el aburrimiento ni para los sentimientos; se trata sólo de sobrevivir a base de matar a otros; y las mujeres... bueno, ya sabe para qué salen mujeres en esta programación.

Para usted, señora, algo que le apasionará. No podrá dejar de verlo; no, no podrá. Es su programa ideal, con historias llenas de amores imposibles, llantos interminables, vidas desgraciadas, mujeres maltratadas por sus maridos; celos, cuernos, desengaños... iLe apasionará!

Señoras y señores, no se pierdan nuestra programación. Las historias más ilógicas, más aberrantes, más alucinantes... Los debates más controvertidos y conflictivos; vean cómo creamos los mayores

desacuerdos y cómo se pelean los participantes, isólo el debate ya es noticia! Nuestros programas le colapsarán la mente. Nuestros concursos le pondrán al límite de sus posibilidades, ia vida o muerte! Ustedes vivirán con nosotros las aventuras más irracionales, aquellas que jamás existieron. iEngánchense a TELEBODRIO! De todas formas no podrá evitarlo; no, no podrá.

Y ahora, les dejo con nuestra fantástica programación; disfrútenla y tengan un buen día.

Hisabel Gemido: su presentadora favorita

LA LLAMA AZUL

Como la llama azul crepitando elevando su contorno incandescente.
Como la cera al derretirse gotea y resbala por su superficie cilíndrica.
La vela se consume y, a ese ritmo, mi corazón está perdiendo su materia.
Tu amor-fuego me lo está derritiendo como la llama azul que tú eres.

Narciso Tuera

CAFÉS IMPAGADOS

La mayoría de las veces pasamos delante de las cosas sin observar nada anormal en ellas, ningún detalle que las haga particularmente susceptibles de atraer nuestra atención de hombres corrientes, tan corrientes como ellas mismas lo son en apariencia.

La mayoría de las veces ni nos damos cuenta de que todo este mundo en el que nos desenvolvemos está sujeto por el fino cabello de una doncella y se transmuta tan rápidamente que ni siquiera nos damos cuenta de todo lo que sucede alrededor nuestro...

23-2-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y veintidós minutos. Solo.

24-2-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y dieciocho minutos. Solo.

- 27-2-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y veintiún minutos. Solos.
 - 28-2-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y veinte minutos.

Solo.

- 1-3-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y veintidós minutos.
- Solo.

 2-3-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y veintiún minutos.
 Solo.
- 3-3-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y diecinueve minutos.
- 6-3-95 Calle Almagro, número 15. Ocho y veintitrés minutos. Solo.
- -Esta cafetera siempre tiene que estropearse en el peor momento. ¿Qué hora es? Ah, todavía voy bien de tiempo. Vamos a ver: cinco, tres, dos, cuatro, cuatro, a ver si Carlos está ya en pie. ¿Carlos?... Vale, nos vemos en veinte minutos... Bien, todo está listo, no me dejo nada. Estaría bueno, después de todo un mes preparándolo que ahora me dejase cualquier tontería. Venga, que hay que llegar. (Pausa.) Buenos días. A ver qué remedio, si no ya me dirá usted. (Venga, venga, baja pronto.) Bueno, hasta luego... (¡Qué frío hace, joder! Espero que mañana esté el tiempo más entonado, por que si no nos vamos a pelar. (Pausa.) Tiene gracia, diría que la voz de la tía esta del metro se parece a la de Itxaso. Esa sí que es una mujer, caray. Buenos tiempos los nuestros, buenas juergas, buenas peleas, buenos besos; sí, tendré que llamarla en cuanto regrese a Mungía, a ver si no está muy cabreada, para que vea que no me olvido de ella. Leche, tendré que pasar por El Corte Inglés a comprarle alguna cosilla, algo que le haga gracia, más que nada para que no se rebote conmigo... Bah, cpor qué siempre tendré que acordarme de ella cuando voy a trabajar? iHey, que me paso!... Allí está Carlos, venga muévete, hay mucho que hacer.)
 - -¿Qué pasa, Carlos? Egunon.
 - -Egunon.
- -A ver cuando mejoras ese acento, tío. Hueles a euskaldumberri que tumbas.
- -Déjate de acentos y vamos a lo nuestro. ¿Dónde tienes el coche?

- -En la calle de al lado. A unos treinta metros.
- -¿El Orión negro?
- -El mismo
- -¿Cuándo?
- -Anoche, sobre las once. El tío volvía a casa. Fue fácil.
- -¿Cuál crees que cogerá hoy?
- -Es igual. Lo importante es el que coja mañana.

6:28 de la mañana. Miércoles, 8 de marzo de 1995. La temperatura en el exterior de nuestros estudios es de tres grados bajo cero. Máxima prevista para hoy, 12 grados. Ring. 6:29 de la mañana...

El hombre se levanta de la estrecha cama donde ha pasado la noche atrincherado bajo la manta de cuadros azules, rojos y negros. Lo ha hecho de un salto, como si supiera que el momento de salir de aquel nido para hacer la faena del día hubiera llegado. Con los pies en las zapatillas se dirige al cercano cuarto de aseo, donde recibe el impacto gélido de los cristales del agua. Coge el peine y trata de ordenar su atribulada cabellera, como si de esa forma pudiera domeñar también los pensamientos de su cabeza. De vuelta a la habitación, se viste con premura y sin vacilación: los calcetines, los calzoncillos, la camiseta, los pantalones vaqueros, la camisa de felpa, el jersey de lana. Maldice cuando se da cuenta de que se ha despeinado. Sumerge su cuerpo en un chaquetón marrón oscuro y coge dos manojos de llaves, uno cobrizo y raído, el otro plateado y con una chapa donde se lee la palabra Ford.

En el exterior hace frío, lo presiente aun antes de abrir la pesada puerta de hierros negros y cristal que da acceso a la calle. Una vez fuera camina con tranquilidad pero con decisión. Al llegar a la glorieta observa el reloj-termómetro que alternadamente indica -3°/6:47, -3°/6:48, hasta -3°/6:58. Entonces divisa, por la calle de enfrente, un coche negro que bordea la glorieta y se detiene a su altura. Monta e intercambia unas palabras con el conductor. No vuelve a hablar más. El otro hombre tampoco lo hará. Durante treinta y siete largos minutos no oirán más palabras que las del locutor de la radio informando sobre el tiempo, los sucesos y los desaguisados de la política nacional. Ninguno de los dos, sin embargo, encuentra lo que esperaba. Eso les hace sentirse un tanto incómodos, pero la

incomodidad es un lujo en ciertos trabajos que no puede permitirse, de modo que finalmente acaban descendiendo del vehículo.

Saben que en cualquier otro barrio de la ciudad a esta hora habría mucha gente por las calles, pero esta zona no la habitan obreros sino personas de buena posición económica, y saben también que estas horas no son las habituales para que vayan rondando por las calles. Lo saben demasiado bien, lo tienen demasiado bien grabado en la mente, de modo que aparcan el coche unos metros más delante del número quince de la calle Almagro, descienden del vehículo y esperan detrás del quiosco que hay en la acera de enfrente. El quiosquero tiene encendida la radio. Son las siete y cincuenta minutos y la corrupción política no hay quien la pare, las ocho y cuatro y en las Islas Canarias lucirá el Sol durante toda la jornada, las ocho y doce minutos y en la antiqua Yugoslavia la paz parece no llegar nunca. A las ocho y cuarto ya no se ove nada, pasan niños para el British Institute (por la pinta). estos otros irán a otro no tan exclusivo, aquel tío parece un funcionario que va al ministerio. La cartera pesa lo suyo. Entran en el bar, mejor dicho, en el café y piden dos solos y dos copas de coñac. Conversan sobre el tiempo aunque de reojo mirán hacia el número quince. Uno de los hombres, el más corpulento, entreabre el maletín y por la ligera abertura se divisa lo que parece ser un reloj o algo parecido. Sólo hay espacio para un dedo. De repente, un hombre de cuarenta y tantos años sale del portal número quince, el dedo índice de la mano derecha se interna dentro del maletín en busca de un botón; lo encuentra, lo acaricia, lo reconoce, le da vueltas, lo recorre lentamente, lo aprieta. El fragor de la deflagración es enorme, los cristales del café saltan astillados rociando a los clientes más cercanos. Los dos hombres saltan sobre ellos con solicitud. Alquien grita: iun atentado! iQue alquien llame a la policía! Los dos hombres saben que no van a pagar el café; nunca pagan, en ningún sitio. Ya les ha sucedido otras veces.

Maximiliano Mariblanca

LO PROMETIDO ES DEUDA Al cabo de tanto tiempo decido cumplir, por fin, la promesa, que en el viento voló presa en pos de ti.
No hace falta, ya lo sé,
cumplirla pues ya no importa.
Mas no me molesta o incordia:
esto que hago no es por fe.
Ni en ti, ni en mí, ni el amor
que un día creí tener.
Sólo pretendo acabar
con aquello que soñé.

Eva

TEORÍA DEL NO APRENDIZAJE

No sabemos nada. No podemos saber nada. Porque la vida es un largo viaje en el cual no aprendemos nada. Todo lo que creemos saber no nos sirve para nada pues cada vez que nos enfrentamos a algo verdaderamente importante es como si lo viviésemos por primera vez (éno sentís ese cosquilleo en el estómago?) Así pues la experiencia es vana presunción de quien ya no puede presumir de joven. Si todo lo que me sucede es como si me sucediera por primera vez, prefiero que esta sea realmente mi primera experiencia. La primera vez posee siempre un toque distinto, algo de original y emocionante.

¿Quien de vosotros no ha dicho alguna vez aquello de "Otra vez me ocurre lo mismo" o bien "No aprenderé nunca" ? Pues bien: cada día posee la apariencia de una existencia distinta. Por eso la persona que somos hoy no tiene nada que ver con la que fuimos ayer ni con la que seremos mañana. Somos un collage de miles de existencias distintas. Por eso no vamos a aprender nunca.

Narciso Tuera

LA ALEGRÍA SODOMITA

Un orificio de lo más agradecido. Por donde sale lo que no es útil ni se desea y que sirve de entrada a aquello que mayor placer proporciona. Es un juego entre caballeros. Rudo, violento, incluso doloroso, pero también tierno y sensual. Con amor o sin él, ¿quién podría desear una práctica sexual más satisfactoria?... ¿Riesgo? Quizá forma parte de la experiencia. Entre iguales, no importa quién asume cada papel. La opción está hecha. Sólo déjate llevar.

EGOÍSTA DEL PLACER

"Errarás absurda tras lo que nunca diste" (Fernando Pessoa)

Т

Me arde el cuerpo y escribo con los nervios disecados, con los labios secos y los dientes rechinando.

A pesar del dolor

canto para exigir aquello que te pido.

No ignoro que lo rechazas.

Susurro gemebundo

que oprime la amargura.

Esperanzas que se deshacen en un abrazo inexistente.

Placer soñado

es placer

aunque sólo exista en la realidad del sueño.

TT

Carne condenada a un rígido carcelero.

Dura pena

torturante y excesiva

para tan poco delito.

Desnudo de afectos.

Fría libertad que no conduce a nada.

Contemplación estéril

para descubrir que lo cercano

está en lo más lejano.

Que la verdad está ausente de nuestros cuerpos.

III

Altiva indiferencia a algo tan necesario.

Negativas mustias para un futuro arrugado.

Para saborear la deliciosa entrega

no hace ninguna falta la rendición.

El cansancio corrompe al caer la noche.

Una inquietud profunda se humedece en un instante en el fondo del deseo.

Tu rostro impávido se ilumina de un horror sonámbulo. Sollozos absurdos rechazan la aproximación.

Palidez del miedo que te encoge la piel.

Tu carne acongojada muestra cómo sientes

un inexplicable deseo de sentir.

La represión sólo deja un gran vacío una vaga ansiedad

engañada de nuevo por sollozos absurdos.

TV

Mendigo a la busca de sensaciones imposibles camina sin rumbo

perseguido por su sombra

y por un perfume envenenado.

El dolor de su espíritu asciende como una náusea.

Vómitos de soledad traen recuerdos perturbadores que chocan con una nostálgica niebla

de sentimientos encontrados.

La angustia empaña las ardientes evocaciones.

El fuego ya está cerca.

Todo

carne y piel

tiembla.

La sangre bulle ante la suave seducción.

Pero el perfil del deseo se difumina en el ensueño.

Luego, sólo queda

la misma ansia de locura y frenesí.

Siempre el sabor del fracaso

la amargura del desprecio.

La sangre deja de correr por las venas anémica de pasión.

٧

Sientes enrojecerse las mejillas.

Los ojos se dilatan. Compruebas atónita cómo el éxtasis avanza exaltado y arrollador a pesar del ruido ciego de tus temores. Clamorosa llamada a la furia desatada. El calor se libera de su férrea presión. El cuerpo se arroja como un torrente. Explota la pasión atropelladamente. La ola supera el acantilado. Brota la espuma triunfante sobre la estrechez. Movimientos descompasados violentos rugidos en la carne trémula por tanta audacia.

VT

Límpiate el sudor frío
que brota de tu alma
cuando meditas
en el silencio del secreto
sobre la cruda realidad.
Sabes que errarás absurda
tras lo que nunca diste
y entonces ya será tarde
demasiado tarde
para volver a empezar.

Miguel Ángel Valero López

LA RENUNCIA

Sólo habían pasado dos horas desde la despedida y ya le pesaba la ausencia, más por lo que significaba y prometía la marcha que por el escaso tiempo de soledad y tristeza transcurrido desde la partida.

Alba Rosa había ido junto con Carmiña, la hermana de Fernando, a despedir a este último al puerto de Vigo. De allí partía el

destartalado barco donde una abigarrada multitud embarcó en pocos minutos acarreando consigo sus escasas pertenencias junto con una buena porción de esperanza y una nada desdeñable carga de preocupaciones y zozobra acerca del incierto futuro más allá del océano. Todos, jóvenes y no tan jóvenes, hombres y mujeres, solitarios aventureros y familias enteras, emprendían desde allí el viaje a las Américas. Viaje soñado por unos -los menos- y aceptado por otros -la inmensa mayoría- como única salida a la inevitable miseria de sus días. Era imposible no sentir el corazón encogido por la emoción ante tal espectáculo de lágrimas y separaciones forzadas por la frustrante mezcla de hambre, esperanza y desesperación a partes iguales. Imposible si uno de aquellos cientos de infelices viajeros resultaba ser la persona amada. Imposible no llorar antes de la partida si era ese breve periodo el preludio de la marcha de Fernando. El auerido Fernando. Su Fernando. El de esa otra infeliz que se guedaba en tierra. la pobre Alba Rosa.

El hambre no entiende de amor ni la fortuna de esperanzas. Fernando y Alba Rosa se conocían desde niños. Vecinos de la aldea de Teixerias. Compañeros de juegos, de miserias y, con el correr del tiempo, compañeros de sueños. Ambos se querían de corazón y sólo los separaba la necesidad. Fernando tenía muchos hermanos y eran pocas las tierras que labrar; pocas también las labores que un joven podía desempeñar aparte de cuidar tierras o ganados a cuenta de otros. Así que, tirando de lo poco que quedaba, Fernando había juntado suficiente para marchar a La Plata, a un Buenos Aires soñado de oro y panes. Se iba. Fernando se le iba a Alba Rosa y se le fue antes de darse cuenta.

-No te preocupes -había dicho Fernando-. Cuando tenga trabajo allá y junte unos pesos, te mandaré buscar y allí nos casaremos y viviremos. O mejor, si me hago rico, volveré y podremos formar aquí la familia.

Alba Rosa también tenía más hermanos que tierras. Si hubiera podido, se habría marchado con Fernando a la Argentina, a trabajar de lo que fuera. Pero ni siquiera eso pudo hacer. No había dinero para el billete. Y el padre no quiso ni oír hablar de la marcha de la hija. Si algún día se iba alguien de la familia sería un hijo para hacer fortuna, no una mujeruca como ella. Y Alba Rosa, ya que no pudo irse con el novio, sólo

pudo hacer su ofrenda. Resignada, esperanzada, convencida de un amor que, como todos, parece que no va a terminar, le ofreció su sincera espera, su sincera renuncia:

-Te esperaré siempre. Pase lo que pase, te aguardaré.

Y estas fueron sus últimas palabras antes de que él se embarcase. Se dieron un beso y se separaron. Él dedicó su último abrazo a la Carmiña y le pidió que cuidase de la madre, que tan triste había quedado. Alba Rosa se sintió celosa de ese último abrazo que no le había sido dedicado

Fernando embarcó y desapareció. Al rato se le vio de nuevo en la alta cubierta, saludando desde una baranda. Las dos mujeres devolvieron el saludo. No se les ocurrió pedirle noticias de la llegada. Fernando no sabía escribir. Aunque siempre podría hallar un puño que reflejara sus pensamientos en el papel.

Estuvieron unos minutos saludándose desde lejos. Alba Rosa y Carmiña rompieron a llorar. Aún embarcaron más emigrantes. Parecía que no hubiera sitio para todos en el barco. Por fin la rampa fue retirada. Sonaron dos fuertes bocinazos y el barco, completo ya su cargamento, empezó a moverse, alejándose lentamente del muelle. Las dos mujeres seguían llorando. Igual hacía toda la gente alrededor. Lloraban los que quedaban y lloraban los que partían. Fernando, a lo lejos, aún agitaba la mano, pero, poco a poco, su imagen se empequeñeció y el barco, cada vez más distante, se fue convirtiendo en un punto y desapareció al cabo de un rato.

Una imagen persistió en los ojos de Alba Rosa. Una imagen que permanecería por siempre en su memoria, como si fuera el centro de su vida. Ante sus ojos siempre reaparecía la figura de un Fernando, cada vez más chico, que agitaba la mano a lo lejos hasta hacerse borroso y desaparecer, indistinguible, entre una multitud de puntos oscuros moviéndose en la cubierta del barco, alejándose hacia otro mundo y otra vida. Desapareciendo de la vida de Alba Rosa, a la que ya sólo quedaban su generosa espera y el recuerdo.

Alba Rosa y Carmiña regresaron a la aldea. Ya nada tenían que hacer en la ciudad. Al llegar al pueblucho, las dos jóvenes se separaron. Cada cual fue a su casa y, de camino a la suya, Alba Rosa sintió con más fuerza la separación tan reciente de su Fernando, el anuncio de la

futura soledad, de la espera que sólo hallaría consuelo cuando él regresara a casa después de labrarse un porvenir, que sería el de los dos, en el otro confín del mundo.

Y, aunque la compañía de sus padres y hermanos, al llegar a casa, enmascaró un poco aquella sensación de vacío, de no tener los pies sobre un suelo firme, en verdad Alba Rosa siguió sintiéndose sola, pensando en un Fernando que era poco menos que un fantasma. Y con esa sensación pasó la noche. Y tras ella vino un nuevo día que avanzó trabajosamente, con exasperante parsimonia, hasta la caída de una nueva noche. Y tras ese día llegaron otros. Pero la sensación no desapareció y Alba Rosa se resignó a la nueva rutina de su espera, acompañada sólo por sus pensamientos y su fantasma.

Y así la vida se transformó en una nueva rutina, que era la misma de siempre con una sola salvedad, la ausencia de Fernando, siempre presente en el pensamiento de Alba Rosa. La muchacha no faltaba a sus obligaciones, trabajaba en la casa y en el campo todos los días, preparaba con la madre la comida de los hermanos, bajaba al lavadero con el cesto de la ropa y lavaba a la vez que compartía con sus vecinas los escasos chismes de la aldea. Todos los días de fiesta, todos los domingos, acudía a misa a escuchar píamente los latines del párroco y cada domingo, después de la liturgia, acompañaba a Carmiña hasta su casa para comentar la semana y recabar noticias de Fernando, el novio y hermano, noticias que nunca llegaban.

Hasta que un día, cinco meses después de la marcha, sí hubo carta. Fue Carmiña la que, emocionada, acudió a buscar a su amiga Alba Rosa para comunicarle la buena noticia. Ninguna de las dos sabía leer, pero el cartero había dicho que venía de América. ¿De quién podía ser sino de Fernando? Alba Rosa, al ver el papel que traía Carmiña, sintió que se le aceleraba el corazón. Nunca hubiera pensado que la sencilla rutina en que se había convertido su vida pudiera trastocarse de tal modo ante la llegada de una simple carta. No obstante, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para sugerir una visita a don Tristán, el cura párroco de las aldeas vecinas, para ver si podía leerles la carta. Las dos mujeres, nerviosas y risueñas, echaron a caminar hasta la casa del cura, situada al lado de la pequeña iglesia de San Crispín, donde acudían los domingos a misa y que se encontraba a medio

camino de las dos aldeas más grandes, Teixerias y la que daba nombre a la parroquia, la aldea de San Crispín.

Doña Isidora, la criada del cura, les dijo que don Tristán no estaba, pero las dos mujeres prefirieron esperar su vuelta, impacientes y sin deseos de volver otro día. No hubo que esperar mucho. Don Tristán llegó en media hora y se mostró bien dispuesto a leer la carta. A la buena de Alba Rosa no se le ocurrió pensar que en la carta pudiera haber pensamientos o palabras de amor que el cura pudiera considerar indecorosos

El párroco comenzó a leer con su voz ligeramente pastosa, bien diferente de aquella tan poderosa que empleaba en sus arengas desde el púlpito a la hora de la misa. Alba Rosa pronto sustituyó en su imaginación la monótona voz de don Tristán por la alegre de Fernando tal y como la guardaba en el recuerdo. Eso sí, estaba claro que las frases no eran de Fernando. El escribano que transcribió la carta se había tomado numerosas licencias poéticas y había añadido todo tipo de lugares comunes y frases hechas, inexcusables en una carta seria que se preciase de serlo. A Alba Rosa no le importó. Le encantó oír de labios del cura la historia de los últimos meses. El viaje, decía, fue largo e incómodo, pero le llevó felizmente al puerto de La Plata. Fernando llegó a Buenos Aires en un día soleado que hizo parecer la ciudad aún más luminosa de lo que era. El viajero comprobó que era cierto lo que se decía. Había abandonado Galicia en otoño y allí abajo en la Argentina era primavera, ya casi entrado el verano. Fernando se había empleado primeramente como mozo de carga en unos almacenes próximos al puerto. Después, a los pocos días, le surgió la oportunidad de trabajar como botones en un hotel. Aquella era una tierra de infinitas oportunidades para un joven bien plantado y trabajador. Por fin, hacía apenas una semana, un cliente, rico hacendado de la provincia de Rosario, le había ofrecido un puesto en su estancia y él lo había aceptado. Allí trabajaría con ganado y con cosechas que era, a fin de cuentas, aquello de lo que más sabía. Era por eso por lo que escribía, o había mandado escribir, la carta. Así les informaba de su llegada antes de volverse a ir. A continuación, Fernando prometía mandarles su nueva dirección en la hacienda en cuanto llegase. El resto de la carta sólo contenía saludos y preguntas. ¿Qué tal estaban todos? ¿Madre seguía

triste? La penúltima frase era la dirigida a Alba Rosa: "decidle a Alba Rosa que no la he olvidado y dadle muchos recuerdos de mi parte". La última frase servía para pedir una repuesta a la carta, respuesta que sería enviada al hotel para que un amigo se encargase de hacérsela llegar a Rosario. Y luego, tras una breve frase hecha que anunciaba la despedida, un sencillo adiós y la aparatosa firma que Fernando había aprendido a trazar aun sin saber escribir.

Don Tristán alzó la vista de la carta, se quitó los lentes y sonrió amablemente a las dos mujeres. Después se ofreció como escribano para la respuesta y las acompañó hasta la puerta junto con doña Isidora. Alba Rosa y Carmiña se fueron con su carta, ambas con el sabor agridulce de tener noticias de un ser querido al que no se va a ver en mucho tiempo y de quien no se va a volver a saber por el momento. La primera, además, un tanto desencantada por la escasa efusividad del novio, que no la hablaba de amor, aunque también era verdad que no debía de ser fácil decir esa clase de cosas al tipo que le escribe la carta a uno.

La familia de Fernando le envió una carta donde se incluían los saludos de Alba Rosa. Pero a ella no le bastaba con eso. Se atrevió a pedirle al cartero que fuera su escribiente y, por medio suyo, le escribió una carta de amor, dulce y discreta, pero de amor al fin y al cabo. La envió y esperó.

Esperó, como esperaron todos las nuevas noticias del joven emigrante. Y tuvo que esperar bastante. Al cabo de casi un año de tristeza y soledad llegó una nueva carta de Fernando. Era para su familia y volvió a leerla el cura, primero a la madre de Fernando, luego a su hermana Carmiña y, por último, a la insistente Alba Rosa. Una carta de noticias. Hablaba de su nueva residencia y su nuevo trabajo. Parecía contento. Para ella, para Alba Rosa, sólo dos líneas. Saludos, recuerdos y un beso. "Decidle que no la olvido", terminaba. Y, tras la carta, una nueva espera. Y, tras esa carta, nada, ni una noticia más. Sólo quedaba la promesa del retorno.

Y así, tras un año de incertidumbre y espera, un año que se hizo largo y pesado de soportar en soledad, Alba Rosa tuvo que seguir esperando un año, otro y otro más, fiel a la palabra dada, a la ofrenda del amor prometido.

Alba Rosa, más resignada a su suerte que desesperanzada, vio pasar los años a su alrededor como si no la afectasen. Ella vivía sólo por referencia a la vida de los demás, de los que la rodeaban. Pero la realidad era que el tiempo pasaba para ella igual que para los otros; más cruel si cabe. El espejo le devolvía cada día una imagen diferente. Le mostraba la juventud perdida poco a poco, un cuerpo aún lozano que, lentamente, se secaba y marchitaba.

Alba Rosa vio como se marchaban de casa sus hermanos, como se casaba Carmiña. Los niños crecían y formaban familias. El abuelo Cándido, el viejo roble que la sostuvo de niña en sus rodillas, moría. Su hermano Xan, el más pequeño de la familia, se hacía grande y encontraba novia. Manoel, el mayor, tenía gemelos. Don Tristán, ya casi ciego, era sustituido por un joven párroco de Coruña con aspecto más de intelectual que de cura. Todos cambiaban. La vida avanzaba para todos menos para Alba Rosa.

En ocasiones, Alba Rosa era consciente de la mella del tiempo en su carne. A veces, sobre todo a la vista de los sobrinos, se soñaba matrona. Algún día, quizá inconscientemente despertada de su letargo por un aroma masculino o unas anchas espaldas de varón, Alba Rosa deseaba haber conocido otro hombre y ser mujer y madre, y no solterona en ciernes. Pero nunca se planteó olvidar a Fernando. Se mantuvo fiel a su promesa de futuro, fiel a su ofrenda de pureza y amor. Fiel a su renuncia. Aunque ya no habría sabido decir si todavía amaba verdaderamente a Fernando, cuyo rostro, voz y gestos apenas si recordaba, Alba Rosa permanecía fiel. A la palabra dada y al recuerdo de una pequeña figura que, agitando la mano desde la cubierta de un barco, se alejaba y empequeñecía hasta desaparecer completamente.

Los que la rodeaban sí eran conscientes de su situación. Al principio veían con buenos ojos su espera. Otra cosa no podía pedirse a una muchacha honrada. Pero el tiempo pasaba y la perspectiva se hacía diferente. El padre sintió urgencia por casarla. La madre sintió pena por la hija. Los hermanos, y hasta Carmiña, la animaron a buscarse otro hombre y formar una familia. Ya veían en ella la solterona en ciernes. Podían imaginarla enjuta, de negro, con rostro amargo, anciana y virgen. Pero Alba Rosa, negándose a aceptar la realidad, voluntariamente inconsciente, se mantenía firme. Y al cabo, padres, hermanos y amigos,

hubieron de respetar su decisión. Fernando o nadie y nada, renunciar a vivir de veras hasta su incierta vuelta. Y, aunque nadie tuvo queja de Alba Rosa, siempre trabajadora, atenta con todos, amable y hasta consoladora de los más débiles en los peores momentos, nadie pudo evitar sentir un poco de pena por aquella mujerona que aún se pensaba la muchacha de quince años que vio marchar a su novio.

El tiempo continuó su marcha firme, ininterrumpida, ignorante de los pensamientos, actos o preocupaciones de todos aquellos a los que afectaba. El tiempo pasó y encontró a Alba Rosa con cuarenta y cuatro años, soltera, virgen y marchitándose. Sus sobrinos estaban ya crecidos, la madre había muerto y el padre estaba casi ciego, por lo que para él era una bendición tener a Alba Rosa a su lado, siempre pendiente y bien dispuesta a ayudarle. El tiempo había pasado y el pueblo seguía casi igual. Fiel a su rutina y sus costumbres, la gente cambiaba pero no alteraba el modo de vida de la aldea. El tiempo pasó y encontró a Alba Rosa con cuarenta y cuatro años recién cumplidos cuando Nicolasita, la hija menor de Carmiña, llegó corriendo a buscarla. La niña tenía nueve años y ya sabía leer y escribir. En algo había cambiado el pueblo.

-Tata Rosa, tata Rosa -le venía gritando con la familiaridad que da la costumbre.

Alba Rosa sonrió a la niña e interrumpió sus tareas dispuesta a escuchar las nuevas travesuras que Nicolasita, estaba segura de ello, le venía a contar.

-Tata -gritó la niña, medio sofocada por la carrera, echándose en sus brazos-. Ha llegado carta del tío Fernando. Dice que viene, tata. iTito Fernando vuelve!

Alba Rosa se quedó pálida y muda por un instante. De repente fue ella la que se sonrojó. La emoción, por tanto tiempo olvidada, retornó a su corazón. Como si Fernando se hubiera marchado ayer mismo, y no hacía treinta años, todos los sueños y esperanzas se materializaron en su corazón ante aquel sencillo hecho: Fernando regresaba a Teixerias después de tanto tiempo.

Fernando regresaba, pero no se sabía exactamente cuándo. Alba Rosa fue a casa de su amiga Carmiña, pero ni ella ni nadie de la familia parecía tener idea de la fecha de su llegada. Alba Rosa sólo podía hacer conjeturas. ¿Cuánto tardaría un barco en llegar desde La Plata a España? ¿La carta salió mucho antes que el propio Fernando? Tan posible era que Fernando tardase dos meses en llegar como que apareciera mañana mismo.

Alba Rosa era plenamente consciente de su turbación, Aquellos días se hallaba incómoda e intranquila, irritable pese a su carácter apacible. Sin darse cuenta apenas de lo que hacía, se plantaba frente al espejo y se observaba como llevaba mucho tiempo sin hacer. Se soltaba el pelo, se lo cepillaba y lo dejaba caer sobre sus hombros. Luego cambiaba de opinión y se lo recogía en un moño, tratando de esconder las escasas canas que comenzaban a aparecer en su espléndida cabellera. Se miraba preocupada los ojos y las pequeñas arrugas que los afeaban. Se daba ungüentos, se perfumaba y acicalaba. Sacaba del armario lo que consideraba sus mejores galas: viejos trajes pasados de moda de cuando era joven y alegre. Por otra parte, se mostraba tan activa en el trabajo y en el ocio que su comportamiento llegó a alguno de sus hermanos. Y todo preocupar a inconfesadamente, por mantener alejado a Fernando de su mente. Negándose a admitir que eran él y la esperanza de su vuelta los que colmaban todos y cada uno de sus pensamientos y acciones.

Al cabo un día, tres semanas después del anuncio de la carta, apareció Fernando. Aunque Alba Rosa tardó en verlo. De él no le llegaban más que vagos rumores que corrían de la ciudad a la aldea y allí saltaban de un vecino a otro. Fernando era rico. Fernando tenía un moderno automóvil, uno de ésos que se veían de vez en cuando circulando ruidosamente por las calles de Coruña, más grande, decían, que los del gobernador o el rico comerciante don Matías. Decían que había hecho fortuna y venía cargado de dinero. Pero ningún rumor hablaba en verdad de Fernando. Nadie sabía si estaba bien de salud, si su aspecto era bueno, si estaba más gordo o más delgado. Nadie sabía nada de aquello que más preocupaba a Alba Rosa. Ningún rumor, en fin, decía si Fernando había regresado a buscarla para llevarla con él y hacerla feliz allá en la dorada Argentina.

Y, finalmente, Fernando llegó a Teixerias. Llegó, como suele suceder en estos casos, por sorpresa, sin ningún aviso ni anuncio que lo precediera. Llegó sin automóvil, montado en una bonita calesa negra tirada por un par de percherones. Llegó vestido de blanco, blanco traje, blanco sombrero, blancos botines. Como buen indiano. Llegó a ver a su familia. A recordarlos y ayudarlos con su dinero. Llegó a ver a Alba Rosa también. Pero no llegó solo.

Alba Rosa no se atrevió a salir corriendo a su encuentro cuando supo que había llegado. Su primer impulso fue echarse el chal sobre los hombros, coger el paraguas y desafiar la persistente lluvia caminando hasta la casa de Carmiña bajo el aguacero. Pero no se dejó llevar por él. Con el corazón acelerado, latiendo desmesuradamente rápido y fuerte, se obligó a permanecer sentada junto al fuego, haciendo calceta y observando distraídamente el constante balanceo del padre echando la siesta frente a ella sentado en su mecedora.

El tiempo pasó lentamente, mucho más que lo había hecho durante tantos años, y la labor no avanzó, hecha y deshecha una y otra vez por inútil. El padre despertó de la siesta y salió a caminar para disfrutar de la fresca tarde puesto que el cielo había descampado.

Ya era de noche cuando Alba Rosa, lamentando no haber cedido a su deseo inicial de volar a su encuentro, supo que Fernando no se pasaría ese día por su casa a buscarla. Se fue a acostar y, a pesar de su nerviosismo, durmió bastante bien. En sus sueños apareció Fernando. Un Fernando que ya no existía, con el aspecto de cuando era casi treinta años más joven y que le dedicaba todo tipo de caricias y ternuras. Soñó que compartía con Fernando su lecho, sus besos, su tacto, el cálido sexo que nunca había disfrutado. Y, al menos, aunque el sueño no fuera real, Alba Rosa se sintió feliz por unas pocas horas.

Con el día llegó la hora de los encuentros. Alba Rosa se levantó de la cama decidida a buscar a Fernando, pero, conforme se alejaba el sueño, la determinación se esfumó. ¿No debería seguir esperando a que Fernando viniera a buscarla? No tuvo que esperar mucho. Aún no había decidido qué hacer cuando de la calle le llegó el leve traqueteo de un carro. Se asomó a la ventana y lo que vio la dejó por un momento paralizada. Era una calesa negra, con cinco personas. Reconoció sólo a tres: Carmiña con Nicolasita sentada sobre sus rodillas y, sujetando las riendas, el propio Fernando, tal como era treinta años después. Su antiguo novio estaba gordo y lustroso. Había perdido su hermosa cabellera negra, de la que sólo quedaba una estrecha porción de la nuca

a las orejas. Sonreía trabajosamente y finas arrugas asomaban a sus vivos ojos, lo único de su rostro que se mantenía igual. En el pómulo izquierdo lucía una fina cicatriz quebrada, resultado, quizá, de algún aparatoso accidente. Sólo cuando la calesa se estuvo ante la puerta, Alba Rosa dejó de mirar a Fernando y reparó en sus acompañantes. El rostro de Carmiña reflejaba pena y un cierto embarazo. La niña estaba triste. Entonces se fijó en las otras dos personas: una mujer joven, de unos treinta años, hermosa y con rasgos aindiados, y una muchachita que tendría la edad de Nicolasita y mostraba un vago parecido con la mujer.

-iHola, Alba! -dijo Fernando acercándose a ella tras descender de la calesa- Me alegro mucho de verte. Parece que te encuentras bien.

Alba Rosa no dijo nada. La intuición, la terrible sospecha de quiénes podrían ser aquellas dos extrañas, había empezado a abrirse camino entre las mezcladas ideas de su pobre cerebro. Alba Rosa miró a Carmiña a los ojos, buscando respuesta, y la amiga los apartó confundida.

-Esta es Mariela -prosiguió Fernando, simulando la mayor serenidad, y le presentó a su acompañante-, mi mujer. La niña es Carmencita. Tenemos otro hijo mayor, Fernandito, que se ha quedado allá cuidando de la hacienda.

Así pues, Fernando se había casado. Mariela era medio criolla, con algunos rasgos indígenas, dulce y bonita. Era la hija del antiguo capataz de la estancia. Al morir el suegro, el cargo recayó en su hombre de más confianza: Fernando. Ahora Fernando era un personaje, no muy rico pero sí lo bastante acomodado como para haberse construido una casa y viajar a la antigua patria, de la que guardaba buen recuerdo pero a la que no añoraba. Su vida estaba allá en ultramar y allá volvería al concluir la visita a la familia perdida.

La vida de Alba Rosa ya no estaba en ninguna parte. Se había perdido. Alba Rosa sintió ganas de llorar, de gritarle que había olvidado su promesa, que la había traicionado. Pero no lo hizo. No por amor propio ni por falta de carácter, aunque tampoco era una histérica. Pero no quiso montar una escena inútil. Además, de repente se sentía vacía, inerte. Invitó a los visitantes a tomar café y se dejó contar tontas

historias de una tierra y un pasado desconocidos. Al cabo, Fernando dijo que debían marcharse. Le dio un beso en la mejilla, como si fuera su hermano, y le dijo:

-Adiós, Alba. Espero que seas muy feliz. Me he acordado mucho de ti estos años. Ojalá nos volvamos a ver algún día.

Alba Rosa se despidió y lo vio marcharse sabiendo que ésta sería la última vez que lo vería. No sintió pena ni dolor. Sólo una angustia indeterminada. En un instante su vida le pasó de un fogonazo ante los ojos: años y años desperdiciados, imposibles de recuperar. Su renuncia había sido inútil. Ahora lo sabía. O quizá lo supo siempre sin admitirlo.

No obstante, quiso recuperar el tiempo. Quería buscar marido, viajar, tener hijos, hacer cosas. Pero era demasiado tarde. Por fin se resignó al grisor de su vida y regresó a la monotonía. El tiempo pasó y se hizo una anciana respetada, buena aunque no beata, quizá un poco amargada por el pasado. Y, al cabo de los años, dejó de sufrir. Es difícil aprender a vivir, pero a morir es fácil, todos lo hacen sin esfuerzo, hasta aquellos que no quieren hacerlo porque, quizá como Alba Rosa, todavía no han vivido y aún desean hacerlo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL FANTASMA DE LA CEGUERA

No tiene ojos.

Es oscuro; una tiniebla viviente. Es más oscuro que la propia oscuridad.

Es la ausencia completa de luz.

Extiende sus manos tanteando el entorno para tocarte.

Busca tus ojos, sanos, para enfermarlos; y tus ojos enfermos para negarles la luz.

Pretende destruir tu vista.

Quiere quitártela porque él no puede ver nada, absolutamente nada, y nadie debe ver nada si él no puede.

Es un ser patético, conmovedor.

Tú te acercas para ayudarle y, entonces, él te sujeta fuerte del brazo. Si no intentas huir, nunca te dejará marchar. Ahora tú eres sus ojos, pero, al igual que él, perderás la vista si no te sueltas. Cuanto menos te opongas a sus deseos más ciego estarás, hasta que no puedas ver nada; entonces, él te soltará, pero estarás ciego.

Ahora estás tan ciego como el fantasma, pero quieres volver a ver. ¿Qué vas a hacer?

Podrías conseguir unos ojos nuevos; podrías quitárselos a otro como te hizo el fantasma a ti. Estás hundido en la oscuridad como aquél que te robó la vista; puedes actuar como él. Alguien podría perder la luz por tu causa. ¿Quieres hacerlo? No puedes, no eres como él, aunque estés también ciego.

Últimamente, lo único que deseabas era librarte de él; pero no a ese precio.

Vas a buscarle para preguntarle algunas cosas, algo que nunca has hecho: hablar con él y comprenderle. Está a punto de agarrar a otro.

"Dime una cosa, fantasma, ¿cuándo dejarás de robar lo que no es tuyo?"

"Cuando todos estén ciegos."

"¿Qué haces con las vistas que destruyes? ¿Para qué las quieres?"

"Escúchame bien, mortal. Hubo un tiempo en que yo veía, como tú, y lo que veía no era sino muerte, enfermedad y desgracia. El mundo está lleno de hipocresía, traición y vicio; la gente se comporta como robots; miles de niños mueren de hambre en el tercer mundo; el SIDA se sigue extendiendo; los hombres se matan en continuas guerras; el terrorismo amenaza las vidas de inocentes. Dime si merece la pena ver eso. Yo no puedo verlo ya, pero no lo echo de menos."

"Todo esto de que hablas entristece mi alma, pero, a pesar de toda la amargura que sientes, debió de haber algo bueno en tu vida".

"Lo hubo, sí, mi esposa y mis dos hijos; los amaba como a las niñas de mis ojos. Ella murió cuando el enemigo bombardeó el hospital, mientras atendía a los enfermos."

"Entonces, tienes hijos...".

"Se los llevó el tifus".

"Lo siento mucho, fantasma."

"Todo eso pertenece ya al pasado; he cambiado mucho desde entonces. Lo que fui una vez dejó de existir hace millones de años." "Creo que nos quita la vista para evitarnos el sufrimiento de ver desgracias".

"Lo has entendido perfectamente".

"¿Qué haces con las vistas que destruyes?"

"Me sobrevaloras; es imposible destruirlas; las guardo en lo más hondo de mi ser, y aunque no puedo verlas, puedo sentirlas dentro de mí, me dan fuerza; y ahí se mantendrán, escondidas, para siempre".

"Así, mi vista se encuentra en algún lugar de tu ser; quisiera que me la devolvieras".

"¿Para qué? Tus ojos están destrozados por mi contacto. Nunca podrás volver a ver."

"Quisiera cerciorarme de eso. Tú me devuelves mi vista y si, como dices, no veo, te la cederé tal cual."

"No".

"Ahora lo entiendo. Mis ojos están completamente sanos, lo han estado todo el tiempo; incluso cuando empezó a turbarse mi vista con miopía, astigmatismo, desprendimiento de retina... iEra mentira! Tú me hiciste creer que no quería ver y yo lo justifiqué con todo tipo de enfermedades: hasta perder la vista. La verdad es que no tuviste que robármela, te la cedí vo, voluntariamente, sin darme cuenta de lo que hacía. A pesar de todas esas cosas horribles que dices que hay en el mundo, yo quiero poder verlas; si no las veo no podré hacer nada por remediarlas. Y luego están todas esas cosas que tú nunca has visto, o no has guerido ver: autoestima. amor, compañerismo, benevolencia, belleza... No, fantasma, tus razones no me dicen nada; has justificado con ellas tus delitos contra los hombres; te has basado en mentiras y miedo para hacer infelices a los demás. Tú sí que estás ciego, fantasma, pero no de los ojos sino del alma. Pobre fantasma, durante millones de años has negado la existencia de lo único que merece la pena en este mundo: el amor; has procurado que nadie pudiera ver las cosas por sí mismo; has ocultado la visión de todo el que se rozó contigo; pero es imposible destruir la vista de nadie; y ahora que entiendo todo este asunto, sé que así como no has podido destruir mi vista, tampoco puedes quitármela si yo me niego; es mía, me pertenece y volverá a mí en cuanto yo se lo pida. Tú no puedes hacer

nada por impedirlo porque es parte de mí, y yo no te pertenezco. Bueno, creo que está claro, quiero ver y sé cómo hacerlo. iVuelve a mí!".

Algo había ido creciendo dentro del fantasma: un tremendo fogonazo atravesó su esencia y le hizo explotar en miles de millones de pedazos que, quizá, podrían volver a unirse. Una enorme cantidad de energía vital que había estado acumulada en el fantasma por millones de años se extendió por el espacio, regresando a sus antiguos dueños.

Carmen Montero

CONDICIONANTE

Si tú fueras esencia
y no la simple forma
que me apresa...
Si tuviera sentido
seguir vida adelante
este camino...
Si mis interrogantes
fueran pregunta vacuas
como antes...
Si no hubiera cambiado,
si estuvieras aquí
y yo a tu lado...
...Hoy no preguntaría
que fue de tantas cosas
del pasado.

Juan Luis Monedero

LA ALEGRÍA BISEXUAL

Yo, como los antiguos clásicos, no me limito a acostarme sólo con la mitad de mis semejantes. Todos somos bellos, todos somos capaces de albergar la llave del placer. ¿Por qué hay que sentirse mal por ser atraído hacia cualquiera de tus congéneres, independientemente de su sexo? No, yo no me siento limitado por el prejuicio. Si hay ostras y caracoles y ambos son manjares exquisitos, no seré yo quien desprecie ninguno de los dos. A fin de cuentas, los he

probado ambos. Algo significará que no haya renunciado a ninguno de ellos

Me había propuesto participar en este número con una de mis historias en la que iba a relatar unas cuantas aventuras de faldas y gomas que me parecían divertidas. Pero he pensado que era mejor no hacerlo. iLa hostia! Me estoy creando una fama que no veas. No es que me importe parecer un cerdo materialista sin corazón ni vergüenza, pero resulta bastante incómodo para uno cuando los demás lo saben y lo creen cierto. Así que, para que veáis que en el fondo tengo mi corazoncito, aquí os pongo una poesía:

ÑOÑERÍAS

Este mundo tan bonito no vale lo que tu risa. iPerdón! Me voy al servicio. La cursilada que he dicho me ha soltado la barriga. Ahora vuelvo de este trance totalmente recompuesto. La estupidez tiene alcance mayor que cualquier avance de mi podrido cerebro. Me dijiste alguna vez que fuera más visceral en las cosas del guerer, y ahora al amar soy soez, coprológico y fecal. Que te confiese estas cosas tal vez parece mal gusto. Tras hablar de amor y rosas, lo visceral surge ahora y, sin quererlo, te asusto. Quizá me he pasado un pelo, de lo dicho sobra un tanto, pues para soltar un pedo, que es lo único que he hecho,

he montado un espectáculo. Sergi Lipodias

LA ALFGRÍA NINFÓMANA

Me despierto y me siento incompleta, con un espacio vacío que necesito rellenar. Me falta algo y lo busco. No dura mucho. Ellos me lo dan una y otra vez. Los siento dentro, ocupando mi espacio y parece que todo va bien. Un poco de placer, no demasiado. No dura mucho. En seguida terminan, salen y vuelvo a sentir la ausencia. Me gustaría que pudieran mantenerse dentro indefinidamente, sin venirse abajo. Pero es imposible. Aún no he encontrado uno así. Entonces, busco otro, y otro, y uno más. Y nunca es suficiente. Pero si el hueco se mantiene vacío el menor tiempo posible las cosas no van mal del todo para mí.

FUFFMISMOS ZOOTÉCNICOS

Quizá no lo sabes o quizá sí. Un breve apunte bastará para explicártelo. Se trata de que la costumbre de no llamar a las cosas por su nombre llega hasta nuestra relación con el mundo animal. Los criadores de animales domésticos tienen varias manías. Por ejemplo, cuando sus animales se aparean, los criadores dicen que su macho está montando a la hembra. No sé, el uso está muy extendido y todavía es posible escuchar a alguno que, medio en broma, habla de montar mujeres. Pues hijo, a mí, la verdad, eso de montar me suena a equitación y arte ecuestre más que a otra cosa. Menos mal que aún nos entienden si decimos que hemos estado montando a un caballo. Otra cosa sería que el caballo nos hubiera montado a nosotros... Pero dejemos estos temas escabrosos. Algunos hay, eso sí, que todavía diferencian la monta natural y la inseminación artificial. Vamos, rizar el rizo, como aquel que dice. A mí eso de monta natural y no natural ya casi me suena a nombre rebuscado de alguna desconocida suerte taurina. En fin, a otro ejemplo. Hablando de inseminación artificial. Cuando al semental le sacan las dosis de semen, pues ya te puedes imaginar cómo lo hacen. Lo has acertado: echándole una paja (si lo prefieres diremos que lo masturban, aunque tampoco queda muy fino). Claro que los criadores no lo llaman así. Dicen que el pobre animalito da un salto. Cuando se la cascan, resulta que el animal salta. Y es fácil que

el veterinario de turno diga que aquel portento zoológico lleva ya dos o tres saltos en un mismo día. Licencias poéticas que se dice. Vamos, que nuestros animales no joden ni se la cascan. Montan y saltan, ¿entendidos? La gente que se ocupa de estos asuntos parece que se aclara bastante bien. Lo que no veo es la necesidad de buscarle tres pies al gato y extender nuestros tontos prejuicios al inconsciente mundo animal. Bueno, pues lo dicho, que ellos entenderán, porque yo, por mi parte, no comprendo mucho.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA ALEGRÍA TRÍBADA

Escapar del contacto de los hombres, esos seres velludos, hediondos y repugnantes, puede parecer manía. Pero qué diferente es el sexo sin ellos. Ella y yo nos unimos una a la otra, juntamos nuestros sexos, nuestros pechos, nuestras bocas. Y no es necesaria la penetración, no hace falta ninguna violencia para alcanzar el placer. Ternura de hembras lúbricas. Mujer contra mujer. Pasión entre iguales. Su lengua, su tacto, su piel. Alcanzar un sutil clímax, seguir jugando y comprobar que ella ha disfrutado tanto como tú.

EL SEXO EN EL MEDIOEVO MANCHEGO

El tema de este número, tan afortunado como inesperado, toca de lleno mis fibras más sensibles y aún me atrevería a decir que pulsa, inadvertidamente, los nervios de mi bajo vientre. Como Investigador Colaborador del Proyecto Universal de Capacitación Holorgásmica y Ortodóncica del Instituto Planetario de Verbiagraciados Anónimos, no podía ser menos. Un tema como el del sexo, que en manos inexpertas puede convertirse en material soez e insustancial, merece, no obstante, los miles de páginas que algunos investigadores del acervo cultural humano y panorganísmico le hemos dedicado. Felicito, pues, a los redactores por lo acertado de la elección temática.

Ahora bien, la dificultad surge a la hora de escoger qué artículo o resumen incluir en este número de entre la enorme panoplia de páginas que un pobre erudito como yo ha escrito sobre tan excelso tema. Podría mencionar aquí cualquiera de los 14 volúmenes de mi "Historia Universal de las Relaciones y Mecanismos Amatorios del

Género Homo y Afines", en especial las páginas que van de la 3814 a la 4502 del volumen duodécimo, correspondientes al capítulo "Costumbres Amatorias Polinesias Durante el Reinado de Victoria de Inglaterra". ¿Cómo no referirme a mi querido ensayo en 608 páginas "Sexo de los ángeles: cuestión resuelta" o a alguna de mis obras divulgativas? Entre estas obras de divulgación citaré mis tres artículos más renombrados: "Adiós a la impotencia. Los 3408 trucos psicoactivos contra la falta de erección", "Frigidez, divino tesoro" o "El punto Z: descubrimiento del centro orgásmico de toda manifestación orgiástica", ensayo este último que aún no alcanzo a comprender que no se convirtiera en best-seller.

No obstante, aunque existen muchas otras obras mayores y menores (de las que no puedo dejar de recordar un breve estudio científico en 614 páginas llamado "Propiedades afrodisíacas del chorizo", que me valió la Medalla de Oro de Cantimpalos), he creído conveniente remitirme a una de mis obras eruditas más completas, como es el "Análisis exhaustivo del famoso poema de gesta Cantar de mío Macario", descubierto por el propio autor en tierras albaceteñas. Esta obra consta de 6814 páginas en las que se analizan con todo detalle las 59 del Cantar, páginas de las que no menos de 128 son dedicadas a comentar las sutiles sugerencias amatorias que reflejan algunos de los versos del glorioso poema. Sin más preámbulos pasaré a describir, brevemente, algunos de los pasajes más adecuados.

Casi al principio de la obra, el anónimo autor nos cuenta, apasionado, los orígenes del personaje principal de la obra, usando para ello sus ágiles versos hexadecasílabos:

"Que no nos parezca extraño que tan grande hombre Macario viniera de alto linaje de dotados Valdenabos"

En tan breve pasaje introductorio ya nos anuncia el autor el talento arquetípico y cuasimítico de nuestro héroe: valeroso guerrero, musculoso e hipertestosterónico, modelo del "supermacho".

No obstante sus altos orígenes, la traición que trae la muerte de su padre lleva la miseria a la familia, obligando a su madre a los más duros trabajos, tal y como nos relata en varios crudos pasajes entre los que se cuenta aquel en que doña Eufemiana, su señora madre, acude al pañero a comprar unos retales, momento en que dice al comerciante:

"Puesto que no tengo reales, vais a ponerme una vara,

cuando hayamos terminado, que la tela esté cortada"

Pero pronto la calidad de Macario, rápidamente convertido en escudero, sacó a su familia de la penuria. Aunque, tras varios años de servicios al marqués de Astaluenga, el envidioso noble lo echó de su lado aduciendo vagas razones:

"Aunque mi mujer, tan santa, te perdone tus excesos, no consentiré traidores ni pillastres en mi lecho"

Esto obligó a Macario a marcharse y, en su largo peregrinar, llegó a la corte, donde sus valerosos servicios le otorgaron el favor de la reina:

> "Y la reina conmovida, ante su porte galano, sin consultar a su rey, aceptólo en su regazo"

Su llegada a la corte coincidió con el comienzo de largas escaramuzas contra los moros en las que participó con gran honor. En esta fase del Cantar no hay sitio más que para los versos que exaltan el valor y la batalla. Sólo son mencionadas de pasada algunas violaciones cometidas contra impías sarracenas.

Llega una tregua y Macario vuelve a la corte para ser recibido como héroe y salvador de la patria, mereciendo la honra de toda la nobleza y, en especial, el afecto de la condesa de Bustos:

"Fascinada la condesa por tan enormes proezas,

le entregó, más bien alegre, sus bellas Torres Gemelas"

Nuevamente el marido, el conde de Bustos, comienza a intrigar contra Macario y consigue que lo destierren. Antes de partir, Macario confiesa su amor a la bella Crisanta de Fortimimbres, de la que se había enamorado perdidamente tras bailar una polka. Doña Crisanta acepta, emocionada, sus requiebros, pero manifiesta sus reticencias ante su talante guerrero:

"Con espadas y con yelmos nunca entraréis en mi cama, mas, si os desprendéis de ellos, tal vez os tienda una escala"

Tras una noche de amor apasionado que decide a Crisanta a esperarlo tras la guerra -por amor y por poder bautizar a su futuro retoño-, Macario se marcha despreciado por todos.

Entonces comienza la verdadera gesta. Macario, cabalgando solo, se enfrenta a los ejércitos moros, los derrota apenas sin esfuerzo y conquista varias ciudades. Caen Almansa y Albacete, donde la princesa mora Soraya se enamora de él y se le ofrece, esperando, de paso, salvar la ciudad del rey cristiano al que Macario la ha ofrecido. Es entonces cuando dice el narrador:

"Pérfida mora Soraya, te opones a su camino, castigada con su pica encontrarás tu destino"

Macario regresa a la corte en loor de multitudes. Entrega las ciudades al rey y éste le nombra marqués de Valdenabos para luego, tontamente, perder las dos ciudades jugando a los dados con el rey moro Abdul Ramalaz. Macario, entre tanto, se reúne con Crisanta, ambos se casan y, hartos de la corte, regresan a Valdenabos, desde donde Macario parte en solitario a buscar nuevas aventuras.

Este breve resumen del Cantar no puede incluir toda la riqueza léxica de la obra y sólo pretende servir de acicate al lector para que se aproxime directamente a tan magna obra y a mi acertado comentario. Sobre este no me queda nada más que decir. Para concluir esta colaboración sólo me resta recomendar a los lectores que se lancen a la lectura de esa pequeña obra maestra de la literatura clásica: "Los trabajos sexuales de Herakles", que los redactores han tenido la gentileza de incluir en este número y de la que soy humilde traductor y compilador.

Gazpachito Grogrenko

(ex-miembro y cabeza pensante del ya desaparecido CIP, Centro de Investigaciones Periféricas)

LA ALEGRÍA SÁDICA

Creo que no podría vivir sin mezclar los placeres. Quiero decir vivir feliz. Existencias arrastradas las hay de todas clases. Y eso me permite poder cumplir mis deseos. Mezclar el sexo con el sufrimiento ajeno -dolor que, todo hay que decirlo, hay quien disfruta padeciéndolo-. El sexo vulgar, tradicional, sin violencia, no me llena. Necesito sentir el poder, mi propia fuerza. Sólo si mi pareja se somete a mí, si a la vez que copulo puedo dar un par de bofetadas o poner un ojo morado, entonces la excitación alcanza su extremo y, sólo en ese

momento, me siento capaz de alcanzar el orgasmo, el éxtasis de auténtico placer.

LOS TRABAJOS SEXUALES DE HERAKLES

NOTA DEL TRADUCTOR: Esta historia, escrita en el siglo III de nuestra era por el famoso polígrafo y erudito Histrio de Broma basándose, según propia afirmación, en viejas leyendas griegas y etruscas, es una de las más desconocidas de la rica y extensa mitología grecorromana. Muchos eruditos coinciden en la opinión de que el texto carece por completo de base histórica o mítica. Muchos añaden que Histrio Marco Jónico nunca existió. Y aún hay quien se atreve a afirmar que el original no es del siglo III sino de época contemporánea y de autor anónimo. Críticas aparte, mi extenso estudio de la obra y esta traducción, fruto de largas noches de insomnio y disfunciones intestinales, me permiten afirmar sin lugar a dudas que el texto es clásico y su autor real. Pese a que el tono levemente burlón y ciertamente oscuro del texto parece indicar la falsedad histórica de la narración, no cabe duda de que tras la trama existe un enorme bagaje histórico que emparenta a este Herakles Phálico con sus antecedentes guerreros, ya sean el Herakles Tebano o el Melkar Tirio, ya que no es descabellado pensar que cualquiera de estos héroes arcaicos contuviera entre sus leyendas de gestas de fuerza y astucia alguna que otra hazaña de índole sexual. El texto, largamente censurado entre los estudiosos de todas las civilizaciones. ha llegado milagrosamente a nuestros días, escapando de manera increíble a la destrucción de la Gran Biblioteca Alejandrina, las quemas selectivas de musulmanes, censores e inquisidores cristianos y la imparable descomposición cultural de nuestro tiempo. Milagrosamente, digo, llegó a mis manos un ejemplar de la obra que, prontamente, me apresuré a traducir. Bien es cierto que no fue el pergamino original sino un texto en papel de váter impreso a doble columna y escrito con procesador de texto, pero que conservaba la caligrafía original y el idioma griego clásico en el que había sido escrito, además de algún pequeño apunte en los márgenes escrito en bable. Sin más, invito a los lectores a degustar las calidades literarias

de esta auténtica joya de la literatura universal y verdadero patrimonio cultural de la humanidad.

Gazpachito Grogrenko

(glorioso traductor y luminaria de los oscuros rincones del orbe)

"Esta es la historia de Herakles de Phalos. Todo lo que aquí se cuenta es cierto. Gloria, pues, a Herakles. Gloria al hombre y al dios. Loor al gran héroe Phálico.

Herakles nació de los amores de Zeus con la humana Putixendra. Zeus se le presentó en la forma de un brillante escarabajo pelotero¹. La mujer no pudo oponerse a la atracción divina y de su pasión nació Herakles, quien fue prontamente abandonado en el monte Cohón ante la amenaza del rey Pertigotestis, esposo de Putixendra, de expulsarla de su reino si mantenía aquella criatura fruto de sus ilícitos amores con el dios.

Herakles fue criado por una cerda salvaje, la cual, en un momento de especial ternura, dejó al héroe la huella de su colmillo en el muslo, marca que se convertiría con el tiempo en la enseña del gran guerrero.

Herakles, cuando creció como un puerco, fue adoptado por un carretero, enamorado de su bella voz y discretas palabras. El carretero se llamaba Sodomón y cuentan que se sirvió del bello joven para arreglar sus asuntos hasta que Herakles, prendado de la belleza de la sobrina de su mentor, protegida del rey Pertigotestis, huyó de la región para purgar las penas de su corazón y escapar de las injustificadas iras del padre de la joven.

Inspiradme, ioh, dioses!, en este momento de necesidad. Escucha, lector, pues aquí comienzan las gloriosas gestas de Herakles. Aquí empiezan los doce trabajos que Herakles realizó para el rey que tanto lo odiaba, Pertigotestis. Aquí empiezan los trabajos que llevaron a Herakles a las puertas del Olimpo.

Trabajo primero: la cabra de Phútamos

Dicen que junto al río del mismo nombre se elevaba una gran ciudad que vivía atemorizada y espantada por la enorme cabra Caprona. Todas las noches Caprona secuestraba a un mancebo y se lo

llevaba a su casa, lo metía en su lecho y disfrutaba lujuriosamente de su compañía hasta que el joven perecía víctima de agotamiento. Llegó en sus viajes el glorioso Herakles hasta Phútamos y Caprona se encaprichó de él y, asustada por su fuerza y sin atreverse a forzarlo. trató de engatusarlo con estas palabras: Joven guerrero, cino acompañarás a la pobre Caprona a liberarse de los ladrones que se han apropiado de su hogar? Herakles, creyendo ciertas las cuitas de la pérfida Caprona, la acompañó a su casa dispuesto a luchar contra quien fuera necesario. Y hasta habría aceptado gustoso compartir los favores de Caprona si ésta, por agradecimiento, se hubiera brindado a ello. Pero Caprona, nada más llegar a su morada, cerró las puertas y apagó la luz. Herakles, sorprendido, no pudo ver a Caprona cuando se le aproximó en la penumbra y empezó a desvestirlo y trató de forzarlo. Herakles no se resistió cuando comprobó sus intenciones. Muy al contrario cedió gustoso a los deseos de Caprona y la poseyó allí mismo. Pero la pérfida, no satisfecha, exigió de él, uno tras otro, un esfuerzo más cada vez que terminaba el anterior, pensando que, tarde o temprano, el héroe perecería víctima de sus malas artes. Pero, muy al contrario, fue ella la que quedó sin aliento y murió con una sonrisa en la boca, observando fascinada la monumental arma¹ que Herakles exhibía ante ella.

Trabajo segundo: la ninfa Omana

Cuando acabó con Caprona hubo gran alborozo en Phútamos y la fama de Herakles se extendió tanto que el rey Ingenoo lo invitó a la boda de su hijo Panfilio con la ninfa Omana. Pero cuando Herakles llegó al reino de Ingenoo la alegría se había transformado en tristeza y desesperación. Omana, poseída de éxtasis orgiástico, inspirado, sin duda, por Dionisos, se había lanzado al monte en busca de los amores del río Peneo. Herakles prometió al rey que le devolvería a Omana intacta y salió inmediatamente en su busca. Herakles recorrió cientos y cientos de estadios y, finalmente, encontró a Omana refrescándose los pies y el bajo vientre² en el río. Herakles, aunque no era supersticioso, sacó a Omana del río, temiendo que sus aguas ya la hubieran fecundado. La joven ninfa recuperó en ese momento la cordura y, agradecida, se ofreció al musculoso héroe quien, no queriendo ofenderla, la complació varias veces durante siete días y

siete noches. Al octavo día regresaron hasta Ingenoo y Herakles entregó a Omana a Panfilio quien la desposó, aceptando como suyo el hijo que más tarde descubrió que habían sembrado en ella las aguas del inconsciente dios Peneo.

Trabajo tercero: el hélade Efesio

Cuentan que Herakles viajó entonces hacia la Hélade pero se le opuso el gigante Efesio. Dicen que su fortaleza era tan grande como su fealdad. Era tan horrible que, aunque muchos aseguran que más tarde fue el fundador de la ciudad de Éfeso, otros dudan que esta afirmación sea cierta, pues les parece imposible que de un ser tan monstruoso como el hélade Efesio surgiera una obra tan bella. Y dicen que este Efesio propuso a Herakles dejarle pasar a cambio de sus favores. Y como Herakles estaba todavía convaleciente tras los servicios prestados a la bella Omana, quien según algunos le hizo partícipe de alguna clase de maleficio³, esta vez el héroe decidió no pelear ante tan formidable rival. Herakles y Efesio bebieron juntos el vino aguado y especiado del anfitrión y aquella noche fue a Herakles a quien le tocó poner el culo⁴.

Trabajo cuarto: las vírgenes de Frigia

Tras cruzar toda la Hélade, y todavía no recuperado de sus grandes dolores tras la lucha con Efesio, llegó Herakles a la Frigia. Los pobladores de aquella región llamábanse todavía entonces frígidos y fue la grande aventura de Herakles la que les movió a trocarlo por el de frigios. Se dice que en tierras de Frigia, junto al pequeño río Pentejo, se alzaba un famoso templo que habitaban cincuenta vírgenes frígidas⁵. Llegó Herakles al templo pidiendo auxilio y sustento, tan mal parado había salido de su aventura en la Hélade. Las orgullosas vírgenes, celosas de su santidad, no dejaron pasar al héroe. quien apenas podía sentarse sobre sus regias posaderas. Enfadado, Herakles, golpeó inútilmente las puertas del templo solicitando insistentemente la ayuda de las vírgenes. Como sus súplicas no obtuvieron respuesta, Herakles, invadido de cólera divina, forzó la puerta y, ya dentro, hizo lo mismo con cada una de las jóvenes ocupantes del templo. Salvo con la gran sacerdotisa Tusalena, llamada mamá cariñosamente por sus pupilas, quien, iracunda por el gran desprecio de Herakles a las tradiciones frígidas, lo maldijo. Herakles

echó del templo a la bruja mamá Tusalena e instauró un nuevo culto al río Pentejo al que desde entonces se llamó Kapulleoion. Las cuarenta y nueve sacerdotisas del templo se adhirieron gustosas al nuevo culto y Herakles, por complacerlas, pasó con ellas cuarenta y nueve días y cuarenta y nueve noches para consagrar las salas del viejo templo.

Trabajo quinto: el toro dorado de Helios

Marchó Herakles de Frigia y encontró un rebaño de hermosas vacas sin dueño ni pastor. Quiso Herakles llevárselas, pero entonces se le apareció un jovenzuelo con aspecto de pastorcillo, tocando alegremente un pífano del cual desgranaba hermosas melodías. El muchacho le indicó que aquellas tierras pertenecían a Helios y todas aquellas vacas estaban consagradas a un hermoso semental de piel dorada y enormes cuernos, al cual Herakles no veía por ninguna parte. Enfadado con el muchacho que no le dejaba disfrutar de las vacas y, un poco confundido por la hermosura de la música y la del jovenzuelo, Herakles poseyó allí mismo al muchacho y luego, ya satisfecho, el héroe se marchó de aquel lugar, dejando al pastorcillo sollozando amargamente y sin poder sentarse. Pasó por allí Helios a vigilar su rebaño y, al verlo llorar, se apiadó de él. Al ser preguntado, el muchacho, confundido aún, achacó sus dolores al dorado toro del dios, lo cual libró a Herakles del castigo de Helios, quien nunca supo que el héroe había violado sus tierras y su pastorcillo.

Trabajo sexto: el sátiro Hicón

Marchando alegremente por el camino iba Herakles, cuando se le presentó un sátiro de aspecto caprino y mirada lujuriosa, el cual lo invitó a su tienda. El sátiro Hicón, pese a su horrible aspecto, tenía buen corazón y compartió con Herakles todo lo que tenía, que no era más que pan, queso y vino. Herakles, emocionado por tal atención, preguntó a Hicón cuál era la causa de sus miserias, a lo que el sátiro se echó a llorar antes de contarle la historia del gigante Tarrias. Aquel gigantón le había robado sus tierras y había secuestrado a sus bellas hijas. Herakles se ofreció a liberarlas del gigantón Tarrias e Hicón se sintió alborozado. Herakles siguió a Hicón hasta la morada del monstruo y allí lo desafió a una prueba de inteligencia que Tarrias,

ingenuamente, aceptó. Derrotado, el gigante se marchó y las bellas hijas de Hicón agasajaron a Herakles animadas por su alegre padre.

Trabajo séptimo: las cuadras de Tetata

Harto de los cariños de las hijas de Hicón, Herakles decidió marchar hacia las tierras de Tracia, famosas por sus caballos. De camino, llegaron a sus oídos rumores de unas hermosas cuadras donde se criaban las más hermosas yeguas de toda Grecia. La dueña se llamaba Tetata, mujer agraciada con todo tipo de riquezas y dones. pero famosa especialmente por su gran personalidad capaz de domeñar a cualquier hombre. Deseoso de admirar los caballos y de comprobar por sí mismo las virtudes de Tetata, dirigióse Herakles hacia las famosas cuadras. Llegó Herakles a las cuadras y se ofreció al capataz de Tetata, de nombre Senato⁶, que era su hermano mayor y, sin embargo, la obedecía, para trabajar en ellas. Senato, temiendo que su hermana se ofendiera si no era consultada, presentó a Herakles a Tetata y esta decidió aceptarlo entre sus yequas a cambio de que diera una muestra de su fuerza y resolución, por lo que le ordenó limpiar todo el estiércol acumulado durante los últimos treinta años. Herakles, sin dudarlo, aceptó el desafío y así pudo pasar los días entre las yeguas de Tetata y las noches en compañía de la poderosa mujer. Cuando Herakles se quiso marchar, Tetata, indignada, quiso vengarse de él, pero Senato, más razonable, le ofreció una yequa blanca y lo despidió alegremente.

<u>Trabajo octavo: Herakles y las sirenas</u>

Huyendo de Tracia se vio Herakles forzado a embarcarse para escapar de la furia de Tetata. El pequeño barco se vio envuelto en una tormenta enviada por Poseidón para castigar las afrentas con que, a su juicio, Herakles había ofendido a los dioses. El navío encalló en unos áridos islotes donde moraban las silencias, hermosas mujeres con cola de pez consagradas a la luna, Selene, que nunca emitían ruido alguno, ni siquiera cuando devoraban salvajemente a los desgraciados marinos que arribaban como náufragos a sus escarpadas costas. Los tripulantes del barco sirvieron de alimento a las silencias, como muchos otros antes que ellos. Pero, llegado el turno de Herakles, que se encontraba aún inconsciente, el héroe despertó y sometió una tras otra a las silencias, forzándolas a entregársele. Las silencias trataron

de oponerse, pero Herakles las dominó y, al final, todas ellas quedaron tan satisfechas que, cuando alcanzaron el éxtasis, comenzaron a cantar con una voz tan hermosa que atraía a los tripulantes de los escasos barcos que navegaban por sus remotas costas hasta los islotes. Herakles se marchó, pero desde entonces las silencias se llaman sirenas y no dejan de cantar en recuerdo de su amado héroe y, de paso, obtienen su diario alimento.

Trabajo noveno: las porcas de Kolshón

Herakles, recogido por un barco rodio, tuvo la fortuna de ser llevado hasta la hermosa isla de Rodas. Deseoso de pisar tierra firme. no esperó el permiso del rey rodio Kolshón para desembarcar y fue detenido por la guardia real y llevado ante el poderoso rey. ¿Quién osa desafiar a Kolshón?, le dijo el rodio. Herakles de Phalos, respondió el héroe sin temor. El rey, envidioso del porte del extranjero que había encandilado a la reina Xsoex, lo mandó encarcelar. Herakles no se opuso y se dejó llevar hasta la prisión, no sin antes advertir al rey de que lamentaría aquella afrenta. Kolshón se rió, pero aquella noche Herakles rompió los muros de la prisión y escapó de la ciudadela, marchando belicoso sobre los campos rodios. Se dice que Herakles arrasó todas las granjas rodias, matando a los animales y violando a las mujeres. Finalmente, volvió al puerto y venció con un sólo brazo, pues el otro lo tenía inutilizado⁷, a todo el ejército rodio, tomó un barco y lo dirigió hacia el continente. Como al año siguiente nacieron en Rodas trescientos heráklidas, todas las madres rodias recibieron, desde entonces, el apelativo de porcas de Kolshón, en honor a su rev.

Trabajo décimo: el semental de los campos de Pholao

Llegó Herakles a la Argólide y allí fue recogido por el buen rey Pholao, quien lo cuidó y agasajó como si fuera su propio hijo. Herakles, agradecido, decidió librar a Pholao de su mayor problema. Se cuenta que por aquellos tiempos recorría la Argólide un enorme semental negro que arrasaba los campos y que atacaba incluso a los mayores héroes que desde Argos habían intentado vencerlo. A pesar de su poderío, el toro siempre atacaba a los guerreros por la espalda y el rey Pholao, cuya salud estaba muy quebrantada tras haber sufrido varias acometidas de aquella bestia, desesperaba de ver

libres sus dominios de tan ominosa presencia. Herakles, haciendo gala de su enorme astucia, se colocó una armadura posterior⁸ y se dirigió al encuentro del poderoso animal. Despreocupadamente, Herakles decidió pasar la noche a cielo abierto y, cuando ya se había dormido, el semental lo atacó por la espalda. Pero Herakles, protegido por su armadura, pudo defenderse del monstruo, el cual retrocedió dolorido tras la primera embestida. Herakles lo tomó por detrás y lo levantó del suelo, luego lo agarró por los cuernos y lo volteó sobre su cabeza dieciocho veces antes de arrojarlo contra el suelo y librar a Pholao del problema. Al volver junto al rey éste, eufórico, le ofreció casarse con su hija Trilada y la mitad de su reino, pero Herakles no quiso abusar de su confianza y, tras comprobar que Trilada había sido atacada varias veces por el semental, decidió abandonar a su mentor.

Trabajo undécimo: el cíclope Sugona

Dejó Herakles la Argólide y se dirigió a Laconia, deseoso de aprender las artes guerreras de los famosos espartanos. Pero por el camino se encontró con un fiero cíclope, de nombre Sugona, que no le dejaba pasar. Este Sugona medía cuatro varas de alto y era recio como el mármol. Se dice que era un hermafrodita y que, de esa cualidad, recibía su nombre. Y se dice que realizaba horribles prácticas con sus víctimas. Como Herakles no se retiró, Sugona, confiando en su enorme fuerza, lo atacó directamente, pero Herakles lo esquivó y lo golpeó con su recia maza en pleno rostro. Sugona quedó con la cara desfigurada⁹, pero Herakles no tuvo piedad de él. Lo derrotó y lo poseyó y, cuando se cansó de maltratarlo, lo degolló, lo quemó y alzó un trofeo a la puertas de Esparta, que los espartanos todavía recuerdan como el Tupho Heráklida¹⁰. Muerto Sugona, Herakles se encaminó hacia el país de Phalos, dispuesto a desafiar al rey Pertigotestis.

Trabajo duodécimo: las columnas de Herakles

Cuando Herakles volvió a su país natal, Phalos, su fama le había precedido. Allí se enteró de que Pertigotestis estaba muy enfermo y acudió presto a visitarlo. El viejo rey estaba en el lecho y su muerte parecía próxima. Herakles, te pido que me perdones, le dijo en un susurro. El rey había comprendido finalmente que Herakles nació por voluntad divina y había decidido tomarlo como hijo propio,

complacido por sus innumerables gestas que habían engrandecido el nombre de Phalos. Herakles, apenado, derramó infinitas lágrima junto a su nuevo padre. Pero su madre. Putixendra, le habló entonces de este modo: No llores, oh Herakles mi hijo, todavía es tiempo de salvar a tu padre. Dicho esto le llevó en presencia del ciego Tiresias. el mago, quien a la sazón se encontraba por esos días en la corte de Phalos. Tiresias le habló a Herakles de una hierba capaz de sanar a su padrastro. Dicha hierba se criaba cerca del monte Pereputio, a las afueras de la ciudad. Herakles no dudó un instante y partió corriendo hacia el Pereputio, alto monte dedicado a la diosa Hera y protegido de los extraños por un fiero monstruo, la hidra Peréputica. Herakles se enfrentó al monstruo de siete cabezas y para vencerlo empleó los troncos de siete robles que arrancó con sus propias manos y, con ellos, aplastó y enterró cada una de las siete cabezas del monstruo. Se cuenta que de cada cabeza plantada surgió una hermosa ninfa. hasta formar un total de siete que, por su origen, recibieron el nombre de ninfas Putónicas y los pilares formados por los troncos de roble se llamaron las Columnas de Herakles. Cuando Herakles iba a arrancar la hierba predicha por Tiresias se le apareció Hera en todo su esplendor y le amonestó en estos términos: Hijo de mi marido, has ofendido a tu diosa. Si quieres evitar mi justa cólera ahora deberás complacerme¹¹. Y como el esplendor de la diosa era notable, Herakles no tuvo ningún reparo en complacer a Hera y la tomó allí mismo. Para cuando terminaron, la diosa, satisfecha con la ofrenda de Herakles. le entregó ella misma la hierba. Herakles la tomó y partió corriendo hacia Phalos, dispuesto a salvar a Pertigotestis, pero con tan mala fortuna que el buen rey había expirado tres días antes. Putixendra le entregó entonces la corona del viejo rey y le dijo: Oh, hijo mío, héroe entre los héroes, acepta ahora gobernar Phalos y protege a tu pueblo. Herakles se ciñó la corona y hubo gran alborozo en Phalos. Allí reinó Herakles por treinta años y llevó la gloria a su pueblo. También participó en muchas gestas y batallas, pero de ellas hablan tantas leyendas que el poeta prefiere abandonar al héroe en este instante feliz de su vida."

Histrio de Broma

Glosario:

- ¹ Se ha traducido como "arma" la intraducible expresión: "porra arqueada flexible y que cambia de volumen"
- ² Se refiere a aquel lugar que ocupan los genitales externos
- ³ La expresión empleada podría traducirse libremente como "mal de ojo" o "purgaciones"
- ⁴ Literalmente: "se vio obligado a ponerse de espaldas, doblado y con el trasero en pompa"
- ⁵ Se trata muy posiblemente de un templo lunar dedicado a la diosa blanca
- ⁶ El nombre Senato se alterna en el texto original con el de Tetato, que señala más claramente el parentesco entre los dos hermanos que, posiblemente, eran mellizos. Si se ha conservado en la traducción el nombre de Senato es por ser el que ha perdurado. De este Senato se dice que fue el origen de una larga saga que dio lugar a los latinos y la institución romana del Senado
- ⁷ En este punto el texto es confuso y no se entiende bien si Herakles tenía el brazo roto, dormido o se estaba masturbando
- ⁸ Parece claro que esta armadura posterior consistía de una recia coraza que se situaba sobre el coxis como protección frente a ataques de diversa índole
- ⁹ Aunque algunos mitógrafos interpretan este fragmento como "con el maquillaje desecho", que sería la traducción literal, no parece ése el significado más correcto
- ¹⁰ Según la leyenda era tal el hedor de los restos calcinados de Sugona, que ningún espartano, por aguerrido que fuera, podía acercarse a menos de cien estadios del trofeo
- ¹¹ Hera, en el parlamento original, da a entender que "me siento muy ofendida por todo lo que tú (Herakles) me has fastidiado así que ahora deberás seguir jodiéndome pero de otro modo". La traducción parece, no obstante, más adecuada y es fiel al sentido del texto original.

LA ALEGRÍA HETEROSEXUAL

No veo la necesidad de complicarme en juegos extraños. Me gusta el sexo opuesto y nada puede satisfacerme más que compartir en

pareja, deliciosamente complementaria, los placeres del sexo. Lo más natural. Los opuestos se atraen y ambos nos completamos. Dos individuos completos pero que, aun así, buscan la mutua compañía que complementa y otorga sensaciones imposibles en soledad. Los dos diferentes, los dos deseándose. No necesito nada más.

CUENTO DE CHINOS

Dicen que hace muchos siglos, antes de que los dragones abandonaran definitivamente la Tierra, vivía en las altas montañas del norte un artesano famoso en todo el Imperio por la belleza de sus obras. Era un hombre humilde, aún en la flor de sus años, que recibía continuamente la visita de los grandes personajes de la Corte, deseosos de comprobar por sus propios ojos la belleza que nacía de las manos del artista. Su nombre era Huan Lui y eran muchos los que se acercaban a las lejanas montañas de Tomapocul para contemplar sus creaciones.

Daba gusto ver como aquel hombrecillo trabajaba el duro hielo de las cumbres y en él, sirviéndose únicamente de sencillas herramientas, esculpía indescriptibles bellezas. El maestro Huan era capaz de tallar en los enormes bloques figuras de una exquisitez sorprendente. Los curiosos contemplaban admirados como Huan arrancaba grandes trozos de material para obtener la forma aproximada de aquello que deseaba esculpir. Después tomaba un pequeño cincel y un mazo de madera con el cual golpeaba levemente el bloque de hielo restante y a cada golpe extraía minúsculas esquirlas, como minúsculos cristales, que casi asemejaban pequeños copos de nieve que se acumulaban en la base de la escultura. La obra avanzaba a ojos vista. El frío de las alturas no menguaba un ápice la habilidad del maestro, cuyas manos, tal vez ateridas, no daban muestra de la más leve duda o temblor. Sin pausa ni descanso, sin prisa y, sin embargo, a una velocidad pasmosa, la escultura iba tomando forma y, para cuando sus observadores empezaban a admirarse de su extraordinaria habilidad, el maestro Huan había concluido su trabajo y todos podían contemplar maravillados el extraordinario realismo de sus creaciones. Tan pronto tallaba un árbol como un ciervo, una flor como una casa montañesa. Y todo a partir del duro hielo. Y, sin

embargo y a pesar de su realismo, todos coincidían en apreciar una extraña cualidad en las obras de Huan Lui. Todas aquellas perfectas copias de la realidad poseían, no obstante, una nota de indescriptible espiritualidad. Todas las obras tenían casi un alma, tal vez reflejo de la del maestro, pero que, sin duda, les otorgaba un carácter personal, indefinido y único. Todas las obras eran de una perfección técnica incomparable y, a la vez, todas ellas eran irrepetibles, poseedoras de un espíritu propio que no podía buscarse en ninguna otra creación. Tan irrepetibles que las palabras no son suficientes para transmitir una imagen que se acerque remotamente a la belleza que cada obra contenía y representaba.

Pues cuentan que un día, deseoso de comprobar qué había de cierto en los rumores que corrían de uno a otro extremo del Imperio acerca de aquel incomparable artesano, un rico comerciante, de nombre Ho She-Ma, viajó con todo su séquito de criados, esclavos y concubinas hasta el lejano país de Tomapocul donde vivía el gran Huan Lui para poder ver la obra con sus propios ojos y juzgar si era merecedor de tantas alabanzas.

Nada más llegar, hizo que sus numerosos criados levantaran para él una choza, cortando para ello cientos de árboles sin descanso, clavándolos en el suelo, elevando paredes, colocando tablas sobre el suelo, construyendo un techo, un tejado hasta que la casa de la montaña estuvo preparada. Entre tanto, Ho se hizo llevar en la cómoda litera por sus porteadores hasta el taller de Huan, seguido a pie por sus concubinas, músicos y poetas.

Huan no se distrajo ante la llegada del numeroso y bullicioso séquito. Estaba en plena labor, tallando una hermosa figura de un águila en su nido. Sin prestar atención a sus observadores, continuó con su golpeteo incesante, sacando esquirlas del hielo sin un orden aparente, sin un objeto visible, pero la obra avanzaba, ganando a cada golpe en detalle y belleza, captando en el hielo todo el espíritu de aquella hermosa ave que habitaba entre las rocas y que, quizá, el maestro, que no tenía modelo, realizaba a partir de una imagen de su memoria.

Ho She-Ma contemplaba fascinado la obra del maestro Huan. Sus servidores repetían sus gestos, igualmente maravillados ante la habilidad del menudo artesano, interrumpiendo de vez en vez su labor con vanos comentarios y murmullos de admiración. El maestro era, en comparación a la enorme sabiduría que se acumulaba en sus obras, tan joven que parecía imposible que hubiera tenido tiempo suficiente como para acumular tanta habilidad y sensibilidad.

Al cabo de un rato, que a los espectadores pareció un instante, un suspiro, tan fascinados estaban por la obra y el artista, Huan se secó el sudor que le empañaba la frente, se separó de su obra y se dedicó a contemplarla como un observador más. Sus ojos parecían vidriosos, hipnotizados por su obra. Perlas de sudor seguían brillando en su frente y su gesto denotaba cansancio, tanto físico como espiritual. Sin embargo, lentamente, una leve sonrisa comenzó a dibujarse en su impenetrable rostro. Evidentemente, estaba satisfecho con su obra. No podía ser menos, como así atestiguaban, igualmente, los maravillados ojos de sus ahora silenciosos observadores.

Huan suspiró hondamente y su rostro alucinado cambió en un instante para mostrar una verdadera sonrisa, una sonrisa humana del artesano que. finalmente. decidía prestar atención espectadores y, quizá, compradores. Huan no solía vender sus obras en mercado alguno, pero sí que aceptaba trabajar para algún rico noble o comerciante a cambio de las monedas que le permitirían ser independiente y seguir trabajando libremente en las montañas. Así que Huan, con una sonrisa humilde, observó a sus admiradores y decidió que aquel hombre grueso y acicalado que reposaba su enorme cuerpo sobre una litera debía de ser el amo. De modo que fue a él a quien se dirigió con una voz suave y afeminada que desmentía el aparente origen divino de aquel incomparable artista.

-¿Qué desea de este humilde trabajador un gran señor como tú? -preguntó el artesano sonriendo con modestia a Ho y haciendo, a la vez, una prolongada reverencia.

-Artesano, no te humilles -replicó Ho-. Debería ser yo quien se pusiera a tus pies. Sólo vine a observar tu arte y, después de verlo, he decidido que no puedo vivir sin una obra tuya. Artesano, te pagaré lo que pidas por una de tus tallas. Huan simuló sentirse abrumado por tanto honor. Observó aparentemente confundido al numeroso séquito de concubinas y servidores. Parecía realmente impresionado por tanta grandeza. Pero no era Ho el primer gran señor que Huan veía. Huan sabía que aquella era una buena ocasión para hacer dinero. No le gustaba trabajar para otros. No le gustaba trabajar. Su arte no era trabajo, no era una obra dedicada a ser comprada y vendida. Era puro placer golpear el duro hielo para obtener de él un alma que sólo veía el ojo del artista. Pero, de vez en cuando, el arte se convertía en trabajo ante los grande señores para así poder sobrevivir en libertad. Así que Huan, después de rendir honores a Ho, propuso un precio y el rico comerciante aceptó. Eso era lo habitual.

Así que Huan volvió a su talla y Ho se alejó con su séquito para pasar la noche junto a sus servidores en la improvisada choza recién construida en la montaña. Huan no volvió a pensar en su nuevo trabajo. Cuando el rico comerciante lo deseara, Huan fabricaría para él una escultura de hielo, la que el pagador decidiera. Pero, entre golpe y golpe, Huan sí rememoró el rostro de una de las jóvenes que acompañaban a Ho She-Ma. Por su aspecto debía de ser una de sus favoritas. Era realmente hermosa y poseía un alma que Huan leyó en su rostro y su dulce mirada. Y Huan, mientras terminaba de retocar su última obra, decidió que debía hacer una escultura de aquella bella joven, aunque para que Ho diera su permiso tuviera que esculpirle otra talla gratis.

Pero Huan no tuvo que tallar a cambio de nada. Ho se sintió complacido cuando el escultor sugirió retratar a la joven Son-Ya, su favorita. La única condición de Ho fue que antes le tallase algo hermoso por lo que pagaría su justo precio. Así que Huan esculpió para él una escena cortesana, tomada de su propio séquito, que representaba a Ho, gordo y sonriente, rodeado por varios lacayos y con un par de sus mujeres tendidas a sus pies y tañendo para él el arpa. Terminó la obra en una sola mañana de agotador trabajo. Nada más terminar. llamó al comerciante.

-Aquí tienes tu obra -dijo Huan.

El rico Ho se sintió sumamente complacido ante la perfección de la obra. Lo representaba a él mismo con magnificencia y realismo, y copiaba con todo detalle los gestos y posturas de sus sirvientes. Si no hubiera sido una escena de hielo, Ho habría pensado que aquellas esculturas gozaban de vida propia. Ho She-Ma pagó generosamente por la obra, sin que Huan hubiera pedido nada aún a cambio de ella.

-¿Puedo ahora esculpir a la joven Son-Ya?

Ho respondió afirmativamente, casi sin prestar atención, tan fascinado estaba por la obra recién acabada, su nueva adquisición.

Huan Lui dejó a Ho frente a su obra y se encaminó hacia la tienda de las mujeres. Pidió permiso a los criados en nombre de su señor para llevarse a Son-Ya y retratarla.

-Sólo si no te incomoda, bella Son-Ya.

La joven se ruborizó y lo miró fijamente con sus almendrados ojos negros. Huan pensó que aquella mirada era mucho más hermosa y turbadora que cualquier miserable talla de hielo que pudiera salir de sus pobres manos.

-No, no me incomoda. Será para mí un placer posar, maestro Huan.

El artesano y su modelo se fueron hacia la choza de Huan. El escultor había dispuesto allí un enorme bloque de hermoso hielo azulado y a su alrededor descansaban todas las herramientas. El maestro Huan no quería esperar ni un instante para tallar su obra, tal era la impaciencia que sentía.

Pidió a Son-Ya que se despojara de su túnica y la joven, aunque un poco avergonzada por mostrar su desnudez a un extraño, obedeció y se deshizo de ella. Huan suspiró sorprendido ante la belleza que se desplegó a sus ojos. El cuerpo pálido de Son-Ya, de formas perfectas y turgentes le quitó el aliento. Huan sintió, por un instante, que era demasiada poca cosa tratar de atrapar en el hielo el alma de aquella joven tan arrebatadoramente bella y que lo observaba con una mirada tímida e inteligente pero, a la vez, un poco coqueta.

Olvidándose de sus propias emociones, el maestro comenzó a golpear inmisericorde con su cincel contra el hielo, arrancándole gruesos trozos hasta que el duro bloque fue tomando la forma del esbelto cuerpo de la joven. Ella lo miraba sin perderse detalle. Sentía un poco de frío, pero no quiso interrumpir la inspiración del artista y resistió con una sonrisa en los labios y su cálida mirada posada en el

joven artesano que, como ella, todavía estaba en la flor de la edad y que, tanto por su aspecto como por su exquisito trabajo, le resultaba notablemente hermoso.

Después de una mañana de agotador trabajo para Ho, Huan Lui trabajó sin descanso durante toda la tarde, transformando el informe y frío hielo en una obra de arte, en la copia exacta de la bellísima Son-Ya, convirtiendo el hielo en una imagen de la joven que atrapaba todo su encanto y toda su alma. La joven, aterida, pidió al maestro que la dejase descansar. Huan, un poco avergonzado por no haberse preocupado por el estado de la modelo, se apresuró a arroparla y le aseguró que ya no necesitaba que posase más, aunque pidió a la muchacha que se quedase a su lado, temiendo que con su falta se marchase la inspiración que había alumbrado la obra. La joven se sintió halagada por las atenciones del joven maestro y, ya cubierta con la túnica, se sentó al lado de Huan para observarlo trabajar, sin atreverse a moverse o hacer el mínimo ruido, como si aquello más que una talla fuera un solemne ritual religioso.

Huan prosiguió extrayendo pequeñas esquirlas de hielo, puliendo su obra hasta que la escultura fue una perfecta imagen de la joven, una imagen que, libre de las imperfecciones con las que la naturaleza dota a sus criaturas, parecía superar en belleza y serenidad a la propia Son-Ya.

Ya era de noche cuando Huan dio por concluida la obra y se volvió hacia la joven con una sonrisa satisfecha en los labios. Son-Ya, acurrucada en un rincón, se había quedado dormida, agotada por el cansancio. Huan notó entonces que también él se sentía agotado. Pero el trabajo había merecido la pena. Aquella era su obra maestra, aquella escultura con la que siempre había soñado. Se disponía a guardar sus herramientas en una bolsa cuando oyó un leve bostezó a sus espaldas. Era la joven Son-Ya que se estaba desperezando.

-iOh, maestro Huan! ¿Ésa soy yo? iEs lo más hermoso que había visto nunca! Sin duda habéis mejorado el modelo.

Huan pensó que aquello era imposible. La joven era tan perfecta que su obra era sólo un pobre homenaje a su belleza y encanto. Respondió afirmativamente a la pregunta de la joven y sonrió satisfecho. Entonces, para su sorpresa, vio como Son-Ya se ponía de pie, se acercaba a él y depositaba un dulce y cálido beso en su mejilla. Huan sintió que se ruborizada y se avergonzó del pobre obsequio que era a cambio su miserable escultura.

-¿Puedo quedarme en tu taller para cuidar la escultura? -preguntó la joven tremendamente feliz.

-Sí, claro que sí -respondió el escultor, aún confundido por el beso.

Huan salió del taller y se fue caminando hasta la choza de Ho. El comerciante, feliz con su obra, no se dio cuenta de que el artesano parecía ausente y, sin recordar que había dado su permiso para el retrato, preguntó a Huan:

-Maestro, ¿has terminado alguna otra obra?

El escultor afirmó con la cabeza sin decir palabra, se sentó y, sin darse cuenta, se durmió ante varios de los siervos de Ho, vencido por el cansancio.

Cuando Huan despertó vio el rostro de Ho frente a él. Parecía irritado, invadido por alguna especie de urgencia.

-Debe ser mía -gruñó sin que Huan comprendiera a qué se refería.

Mientras Huan descansaba, Ho se había acercado al taller del escultor. Allí vio a Son-Ya tendida en el suelo, nuevamente dormida, pero apenas reparó en ella. A su lado se elevaba la talla más hermosa que Ho había contemplado nunca. Era, sin duda, una obra de inspiración divina. Guardaba una remota semejanza con su joven mujer, pero era sin duda muy superior a ella en belleza y contenía un espíritu mucho más brillante que el de la pobre muchacha. Allí se había quedado Ho durante horas observando la escultura. Casi se rió cuando la joven se despertó y le devolvió a la realidad diciendo:

-Soy yo. El maestro Huan la ha tallado en mi honor.

Ho se burló e ignoró el comentario de su favorita. Ella era hermosa, sin duda, y quizá había servido de modelo a Huan, pero la obra superaba infinitamente al modelo y quizá, pensó Ho, también al propio artista.

En ese momento Ho volvió a su choza y halló a Huan dormido en el suelo. Iba a despertarlo, pero el artesano entreabrió los ojos antes de que el rico comerciante tuviera ocasión de hablarle. Entonces fue cuando gruñó sus tres palabras:

-Debe ser mía.

Cuando Ho explicó a qué se refería y sus ojos, aún vidriosos de pasión, consiguieron enfocar el rostro del joven artesano, Huan dio su respuesta:

-No, mi señor, esa obra no está en venta. No os la daría a ningún precio.

Pareció entonces que Ho se volvía loco. Empezó a soltar alaridos y amenazas. Tan pronto ofrecía riquezas sinnúmero al artesano a cambio de la talla de Son-Ya como trataba de atemorizarlo diciendo que sus criados podían matarlo a una sola orden suya y así todas las obras, incluida la incomparable escultura, serían para él.

-Tú tienes tu obra, la has pagado y ya no me pertenece, y yo tengo la mía. Ése era el trato -intentó razonar Huan.

Pero Ho estaba fuera de sí. Parecía totalmente capaz de cumplir sus amenazas.

-Te daría cualquier cosa que me pidieras por ella -gimió el comerciante.

Huan se quedó pensativo un momento. Meditó la oferta de Ho y, finalmente, hizo una propuesta tan descabellada que estaba seguro de que Ho la rechazaría y volvería a sus amenazas.

- -Sólo te la entregaría a cambio de otra obra de arte.
- -¿Cuál? -barbotó Ho- ¿Quizá quieres la talla por la que ya te he pagado?
- -No, te cambiaría esta escultura que tanto deseas por una de tus esposas. Por Son-Ya, que ha servido de modelo para mi escultura.

Ho le miró sorprendido, pero no irritado. Pareció tomarse en serio la oferta

-Podrías tallar otra escultura de Son-Ya para ti, eno? -tanteó Ho, tratando de regatear como era su oficio.

-Sí, podría hacerlo. Pero no sería igual que ésta. Y no estoy dispuesto a esculpirla de nuevo -replicó Huan forzando su suerte.

Ho se quedó mudo. Son-Ya era su favorita. No iba a entregársela a aquel piojoso a cambio de un mísero trozo de hielo. Pero, iqué demonios! Tenía varias docenas de esposas. Es más, podía comprar todas las que quisiera en la corte. Pero sólo había una escultura que lo hubiera enamorado y era la que aquel tozudo artesano poseía. Podría robársela, podría matarle para conseguirlo. Pero ésa no era forma de alcanzar la belleza. No, Son-Ya no valía la muerte de un hombre, menos de un artesano tan hábil.

-De acuerdo. Renuncio a Son-Ya. Desde ahora ella es tuya. A cambio me entregarás tu escultura -aceptó Ho, convencido de que, después de todo, había hecho un buen trato y había pagado un precio irrisorio a cambio de ver cumplido su deseo más vehemente.

Huan aceptó y los dos hombres se apresuraron a firmar un documento que fuera testigo de su palabra. Huan, feliz e incrédulo, llevó a Ho hasta la escultura. Ya no estaba allí Son-Ya y Huan hubo de conformarse, por un momento, con observar la escultura que ya no era suya. Era muy bella, sí, pero no como su modelo. Ahora Huan sabía que aquella escultura era sólo un intento de imitar la belleza que su fina sensibilidad había captado en la joven Son-Ya.

Para Ho todo era diferente. Contemplaba fascinado su nueva adquisición, de la que se sentía absolutamente prendado. Al verla comprendió que había hecho un buen negocio. La incomparable belleza de la escultura no podía compararse a la de ninguna mujer, ni siquiera la de Son-Ya.

Huan aconsejó a Ho que trasladase la escultura a un lugar fresco y que nunca la bajase al valle, donde, sin duda, terminaría por derretirse. Ése no era problema para Ho. Ya había decidido vivir en la montaña junto a su obra. Desde allí controlaría todos sus negocios. Llamó a sus criados y les ordenó trasladar la escultura con sumo cuidado desde el taller a la entrada de su choza. La estatua no sufrió desperfectos, pero Ho gritó a los sirvientes como si hubieran cometido los mayores crímenes. Cuando la escultura se encontró frente a su nueva casa, pudo respirar aliviado.

Mientras, Huan había salido a buscar a Son-Ya. Cuando la encontró, ella lo miró sorprendida. Huan le confesó que ahora él era su dueño y la joven, lejos de sentirse asustada, se mostró sumamente complacida. Antes de que Huan pudiera reaccionar, Son-Ya había saltado sobre él y lo estaba abrazando y lo cubría de besos. Huan era el hombre más feliz de la montaña

Pasó el tiempo y pocos cambios habían sucedido en las montañas de Tomapocul. Los escarpes y farallones eran los mismos, los árboles permanecían invariables, la nieve, aunque quizá era distinta, nadie podría haberla diferenciado de la de años atrás. Pero sí hubo cambios en sus pobladores. Ho She-Ma permaneció varios meses en la montaña pero, finalmente acuciado por las exigencias del mismísimo Emperador, no tuvo otro remedio que volver a la corte. Se llevó consigo la estatua de hielo y la instaló en el jardín de su mansión, preocupándose en todo momento de que sus numerosos criados llevaran todos los días hielo desde las montañas para evitar que su amor se derritiera.

Huan y Son-Ya eran marido y mujer y los dos eran sumamente felices. Se amaban tiernamente y compartían sus trabajos y problemas. Pasaban los largos y duros inviernos encerrados, consolándose con su mutua compañía. Con el buen tiempo, Huan volvía a sus tallas, que vendía a buen precio, y Son-Ya cuidaba de él como nunca nadie lo había hecho. Huan seguía siendo el hombre más feliz de la montaña y Son-Ya se confesaba, igualmente, la más dichosa de todas las mujeres.

Pero un día llegó la guerra hasta la corte y los sirvientes de Ho no pudieron ir a las montañas a conseguir hielo y, ante la mirada desesperada del rico comerciante, la hermosa talla de hielo se fundió dejando sólo un charco como recuerdo de su pasado esplendor. Finalmente su amor de hielo había muerto y Ho se sintió también morir. No pensó en Huan y su mujer Son-Ya. Él no era capaz de comprender un amor como el de aquellos miserables. Pero, por contra, pese a los años pasados y la mella del tiempo sobre sus cuerpos, Huan y Son-Ya, lejos de la guerra, lejos de las riquezas de Ho y del esplendor de la corte, seguían viviendo felices y sabían que su amor no terminaría por el paso del tiempo ni, seguramente, hasta que la muerte terminara por llevárselos a los dos. Simplemente porque era verdadero amor y no el tenue humo que había confundido al pobre Ho.

Y se dice que Ho sobrevivió a la guerra y vivió triste y amargado, empobrecido y solo. Y se dice que Huan Lui y Son-Ya vivieron felices y, cuando murieron, fueron transformados por los dioses en blancas aves de la montaña que, cada primavera, se unen y cantan alegremente para confesar su amor al mundo entero.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA ALFGRÍA ZOÓFILA

Hay tantas mentes limitadas que me censuran, tanta gente incapaz de comprender, que casi siento lástima. ¿Por qué limitar a una las formas de la sensualidad? Si el sexo es placer, ¿qué hay de malo en buscarlo fuera de tus semejantes? Si, en un momento de necesidad y deseo, cualquier consuelo es bueno, no veo qué hay de malo en buscar esos consuelos premeditadamente. Hay tantas formas de vida, tantos sexos diferentes que muchos se sorprenderían si pudieran apreciar las ricas y diferentes formas de placer de que disfruto. Yo no diría que hay amor, pero, en cierto modo, quiero a mis mascotas, y ellas nunca me reprochan lo que hago.

SFXUAL.

Sexo vaginal. Sexo anal. Sexo oral, bucal, senal, manual, lingual. Sexual. Sexo de mil formas. Sexo mental. El menos directo, el menos animal. El más falso. Sexo intelectual. Sexo asexual del cerebro encendido. Placer mental, no físico. Y, sin embargo, ¿qué sería del verdadero sexo si no pasara por el cerebro? Sexo mecánico, sexo descafeinado. Sexo sin sexo. Sin orgasmo mental. Tú me comprendes.

El temible burlón

CARTAS AL DIRECTOR (aún inexistente)

Aunque no pretendo convertirme en colaboradora habitual de su revista, el tema del presente número me ha animado a enviarles el siguiente ensayo que, confío, aparezca publicado sin cortes ni censuras. Gracias de antemano. A continuación les incluyo mi artículo:

PRÁCTICAS DE CURANDERÍA EN LAS SELVAS PROFUNDAS MALGACHES

Muchas personas saben que la enorme isla de Madagascar fue colonizada unos 10000 años a.C. Lo que resulta menos conocido es que

desde esa época hasta la actualidad, la diversificación cultural ha sido muy importante, produciéndose la aparición de extraordinarias costumbres, en especial entre aquellos indígenas de las zonas selváticas montañosas.

La tribu de los Mepende es una de las más peculiares y menos conocidas de la isla. Su aislamiento secular, tanto de la influencia de sus vecinos como de la más reciente debida a la civilización occidental moderna, ha permitido a esta etnia mantener un orden social esencialmente matriarcal, un modo de vida seminómada y una tecnología rústica y primitiva, basada en el uso de la madera y la piedra pulida. Los Mepende poseen una rica mitología, con historias más o menos naturistas y animistas acerca de la creación, la aparición del hombre y el papel de este último -concretamente del pueblo Mepende- en la organización del mundo.

Todas estas características servirían para convertir a la etnia Mepende en un pueblo distinto a los demás y digno de estudio antropológico. Pero, si no fuera por sus especiales prácticas de brujería, curandería y adivinación, no resultarían tan extraordinarios como, de hecho, lo son. Y son de estas excepcionales prácticas de las que pretendo hablar con un mayor detenimiento.

Entre los Mepende es costumbre la existencia de brujos o chamanes. Dentro de cada poblado existe una pareja de ellos: hombre y mujer, marido y mujer podríamos decir, aunque sería más correcto nombrarlos como brujo y bruja. Los dos chamanes resuelven todos los problemas físicos y espirituales de los miembros de la tribu. Desde un constipado hasta un recalcitrante mal de ojo. Pero no sólo curan los males del cuerpo y del espíritu. Son capaces de ponerse en contacto con el más allá, con el temible mundo de los antepasados y el no menos misterioso mundo futuro, de donde pueden extraer las claves del porvenir y hacer predicciones de la vida de todos los mependes.

Lo más curioso de estas prácticas chamánicas es el hecho de que todos los tratamientos están directamente relacionados con el sexo. Puesto que el sexo es considerado mágico en muchas culturas, no es extraño que aparezca de forma implícita en muchas tradiciones. Pero estas tradiciones alcanzan en los Mepende un carácter excepcional. Para empezar, resulta notable el hecho de que entre los

Mepende es el curandero de la pareja quien trata a todas las mujeres y es la curandera la que se ocupa de los problemas de los hombres de la tribu

Para los primeros occidentales que entraron en contacto con los Mepende, aquellas prácticas rituales eran un signo de salvajismo, promiscuidad y decadencia. Pero aquellos franceses victorianos y conservadores quizá no eran unos observadores objetivos e imparciales de las ancestrales costumbres de los Mepende. Obviamente, para aquellos primeros observadores la práctica de sexo aparentemente indiscriminada por parte de los chamanes era un claro síntoma de animalidad y primitivismo. Hoy en día, desde la nueva perspectiva de la antropología cultural, tal conclusión no es válida.

¿En qué consisten, pues, las prácticas rituales de los Mepende? Simplemente, consisten en el uso terapéutico de las propiedades mágicas del acto sexual. Puesto que la cópula es un don de los dioses, los Mepende consideran que aquéllos pueden obrar sobre los hombres de la tribu a través de sus servidores, los chamanes, cuando éstos se aparean con sus pacientes.

De la pareja es el hechicero el que trata a las mujeres y la hechicera la que cura a los hombres. Si en la relación hay placer, se considera un signo favorable. No se busca, sin embargo, el orgasmo por sí mismo. El coito sólo tiene carácter catártico y limpiador. El poder sanador de los dioses se hace patente en la cópula y los chamanes son capaces de interpretar esos signos divinos. Ésa es la razón de que puedan dirigir la curación.

Además, dado el carácter mágico de la práctica, los chamanes son capaces de predecir el futuro a través de la cópula. Los brujos no sólo leen la enfermedad o la salud, los espíritus también les hablan del pasado, presente y futuro. Ya que los tres tiempos influyen, según los Mepende, en el estado de la persona y es imprescindible conocerlos para enfrentar y sanar el mal.

En ocasiones los mependes acuden a sus chamanes no para buscar curación o consejo sino, solamente, para conocer su futuro y poder obrar en consecuencia. Ya que el futuro, según sus creencias, puede cambiarse, el pronóstico no tiene por qué cumplirse, pues su conocimiento lleva al cambio y, muchas veces, conduce a la salvación.

Algunos investigadores han tachado a los Mepende de inmorales y degenerados. Pero esto es una burda falsedad. Los miembros de esta etnia mantienen unas severas normas sociales y un elevado código moral cuya transgresión conlleva gravísimas consecuencias. Sucede, como tantas otras veces, que el hombre occidental rechaza lo que le es desconocido. En este caso, el hecho de que la moral Mepende no se parezca a la cristiana parece motivo suficiente para tacharla de inexistente. Invito, por tanto, a quien quiera que lo dude, a que visite un poblado Mepende para comprobar la rectitud de sus normas. Por si hay algún valiente dispuesto a comprobar la permisividad Mepende, un último aviso. No está permitido a personas ajenas a la etnia compartir sus prácticas chamánicas. La pena por violar esta norma va desde la castración a la muerte.

Euforia de Lego

CARTA DE AMOR DE UN NÁUFRAGO

Querida mujer:

No existes. No tienes rostro ni formas. Mi imaginación, alejada de todo, no alcanza para crearte de la nada. Pero te necesito y te añoro. Si hubiera estado casado no te habría fabricado. Ahora pensaría en mi mujer, tan borrosa en mi recuerdo como difusa eres tú, imposible lectora. ¿Por qué todos los náufragos que conozco somos hombres? Tal vez las mujeres no necesitan ahogar su soledad en cartas o diarios que puedan llegar a nadie. Tal vez lo hacen y nadie las escucha.

No quiero aburrirte, por más que no existas. No obstante, me gustaría que no fueras un sueño. Me gustaría tenerte aquí. Sabes que necesito un objeto de deseo. La soledad tiene entre sus inconvenientes la imposibilidad de compartir el sexo. Se convierte en un juego de solitario, ya que no puedo prescindir de él.

Te decía que no tengo mujer. No, no dejé mujer, ni novia, ni amante. Nadie hay que me eche de menos en el mundo. Por no tener no tenía ni familia. Sí había, eso lo admito, algunas otras mujeres soñadas por mí. De esas que uno se fabrica a partir de un personaje real. De esas con las que comparte tiempo y, quizá, lecho hasta que se atreve a confesarse que el cuerpo y la conciencia que habitan a su lado no se parecen a la persona que ha inventado. Entonces, al descubrir el

autoengaño, yo no me sentía capaz de continuarlo. Otros sí son capaces de hacerlo. Quizá por eso rompía y estaba solo ya antes de mi naufragio.

Tampoco fui nunca un don Juan. iQué más quisiera! No, ni mucho menos. Por suerte no puedes verme ni conocerme. Quizá, si tú eres real, yo sólo podría ser a mi vez tu fantasía. No, no soy guapo, ni simpático. Ni mi carácter es de los que le vuelven a uno atractivo al sexo opuesto. Pero también yo sentía amor y necesitaba compañía. Ahora no siento ni necesito, más bien añoro.

Ciertamente no soy de los que os enamoran. Pero en el amor hay engaños y yo también he engañado. Y he llamado amor a lo que no lo era, y me he negado amores verdaderos y he llamado amor al simple sexo. Ya da igual. También yo he sido engañado. He dicho mis defectos. Entre mis virtudes siempre he querido contar la inteligencia, la ternura, un cierto romanticismo que me podía dar aspecto bohemio. ¿No dicen que muchas mujeres prefieren hombres inteligentes a hombres guapos? Mi experiencia me dice que no es así. Antes bien a algunas las espanta ¿No dicen que muchas mujeres prefieren los hombres tiernos? Mi experiencia me dice lo contrario. Algunas, incluso, prefieren ser dominadas por fuerza. ¿No dicen que las mujeres son románticas? Sinceramente, nunca conocí una de ese tipo.

Y no me quejo. El amor es falso, mentiroso, material. Pero ahora que no puedo aspirar a ninguna compañía es cuando más la deseo. Ahora te creo de la nada, sin rostro ni personalidad y te amo de todo corazón, seas quién seas, cómo seas, cuándo seas, e, incluso, aunque no existas.

Sin esperar respuesta, sin esperar ser correspondido, se despide de ti tu más sincero amante:

Yo, el náufrago

CARTA AL DIRECTOR

Hola a todos,

Nunca había participado en esta revista, pero es que no sabía que existiera. Cuando Juan Luis me la enseñó me pareció una buena idea y le dije que iba a colaborar. Lo que no sabía entonces era el tema de la próxima revista. Pero bueno, de todos modos voy a cumplir con mi palabra.

No os esperéis nada de sexo. No se me ha ocurrido nada original. La verdad es que no soy demasiado original. Lo que os voy a contar me ocurrió estando de viaje por Estados Unidos. No voy a tirarme pegotes de que he estado por ahí, tranquilos. Pero me ocurrió algo que me pareció gracioso y os lo quiero contar. Casi me recuerda los nombres estos de risa que salen en el programa de Gomaespuma. Y, sabiendo como se las gastan los de esta revista, estoy segura de que también en este número habrá nombrecitos estrafalarios del tipo Tomás Turbado o Maite Torras. El nombre que a mí me hizo gracia no se parece en nada a estos.

La historia es que yo iba en un autobús (uno de esos de las películas: "Greyhound") y pasamos por un pueblo que no recuerdo su nombre. Era uno de estos con dos calles rectas y casas enormes a los lados, de los que les gustan a los americanos. Pues pasamos por una de las calles y me fijé en un cartel enorme de publicidad. Digo que me fijé porque a este sí que le presté atención. Venía la cara de un tipo negro sonriente y con algunas canas que me imagino que sería hispano o medio hispano y se presentaba a alcalde. Pues el cartel decía:

"Jeff for Mayor Trust Hornada"

y en letras más pequeñitas ponía debajo: "Vote Geoffrey Hornada". Y nada más. Pues lo que me hizo gracia fue la segunda línea, porque leí la primera palabra con pronunciación inglesa ("trast") y la segunda, que me sonaba a español, en español. Así que la cosa quedaba como "Trastornada" y me pareció que así debía estar yo en ese momento y me puse a reír. Los yanquis leerían "trast jorneid" o algo así, pero me daba lo mismo. Sé que es una tontería, pero a mí me hizo gracia eso de que la gente votase trastornada. Siempre he pensado que los americanos son un poco idiotas y, desde que he estado allí, estoy más convencida, así que la gente trastornada del cartel me hizo gracia.

Pues nada más. Sé que no es sexo y a lo mejor es una bobada, pero como no tenía nada que contar pongo esto y ya está.

Bueno, pues adiós. Enhorabuena por la revista y a ver si la próxima vez ponéis otro tema más fácil para que pueda opinar sin tener que pensar demasiado en lo que pongo.

Paz

EL LABERINTO SENTIMENTAL

Mucho se podría decir sobre el tema que hoy nos ocupa. Os aseguro que no existe ningún otro sobre el que a lo largo de mi vida haya reflexionado tanto. Y surge ante mí esa pregunta tan tremenda, tan falta de una respuesta clara y contundente : ¿cuál es el origen del amor? ¿es acaso sólo reflejo o proyección de esa inquietante sed sexual que todos sentimos de vez en cuando? ¿es sólo el eco apagado de nuestro genético instinto de conservación de la especie? Como romántico me niego a pensar algo así, aunque reconozco que las dos cosas van unidas con demasiada frecuencia. Pero no siempre, y ese es, pienso el gran matiz diferenciador: el amor no siempre acaba en sexo ni el sexo tiene que estar necesariamente unido al amor (creo que es más productivo y enriquecedor cuando lo despojamos de esa pesada carga sentimental).

Pongamos como ejemplo mi amor ideal por Carlota (ya os he hablado muchas veces de este ser puro y angelical, de este pequeño diamante no pulido, de esta hermosa perla engarzada en la oreja de un etíope, que diría Shakespeare). Yo nunca pensé en sexo con ella. El sexo es algo secundario, vano, cuando estamos hablando de alguien como Carlota. Cuando la voluptuosidad, el deseo sexual creciente y amenazante me consume, entonces pienso en otras y Carlota pasa a un segundo plano. Luego, Carlota vuelve a ser el objeto de todos mis pensamientos.

Puede tacharse de egoísta este comportamiento. No pienso que vosotros actuéis muchas veces de un modo distinto. Sólo intento no manchar el nombre de Carlota con pensamientos impuros. Los impuros se los reservo a las otras.

Pero hay más: ¿creéis acaso que cuando Julieta dice acerca de Romeo aquello de "... y cuando muera, tómale y recórtale en pequeñas estrellas, y hará tan bello el rostro del cielo, que el mundo entero se enamorará de la noche y no dará culto al deslumbrante sol" está pensando en otra cosa que no sea amor? Si pensáis que sólo el sexo puede dar lugar a un sentimiento así es que estáis demasiado enfermos, que en vuestra vida habéis conocido algo semejante y que el sexo, como la gigantesca nube de un volcán, asciende y lo cubre todo impidiendo ver la verdadera luz del sol.

En el otro extremo, ¿creéis que Baudelaire cuando dice "Tus caderas están enamoradas de tu espalda y de tus senos, y cautivas a los almohadones con tus lánguidas posturas"

está hablando de otra cosa que no sea voluptuosidad, excitación de su deseo sexual?

En lo sucesivo aplicad el consejo que os voy a dar. Desvinculad al amor de su contenido sexual. Arrancad del sexo toda carga emocional. Es el mejor método para mantener una cierta coherencia en nuestro ya de por sí caótico laberinto sentimental.

Werther

EPÍLOGO

A nuestra revista le pasa como al sexo. Lo más duro es siempre el final. Esa falta de deseo, esa incapacidad, esa, por qué no decirlo, insatisfacción. Pero, ahora que has acabado de leer lo que pretendíamos contarte, es cuando te toca seguir con este sexo en solitario, con ese onanismo mental que, sería lo único que nos atrevemos a pretender de ti, tal vez lleve más turbación a tu vida que cualquier subliminal mensaje que pretendamos transmitirte. Habrás comprobado que el sexo que te vendemos no es didáctico, ni educativo, menos aún moralizante. Tampoco es objetivo ni sensual. Ojalá sea, simplemente, lo bastante fascinante como para que pienses en él y en sus mentiras. Pero no en hacerlo, no en sentirlo, no en este momento. Sólo en su esencia y su sentido. Si el sexo sólo fuera una cuestión de hormonas, nos veríamos limitados a ser como los animales. Ya que lo llenamos de pensamientos, de amor, de dilemas, también de mentiras, será porque nos gusta creer que nuestro sexo es diferente. Así que, si nos lo permites, vamos a ejercer de ministros de Sanidad para darte un único consejo: "Ponle seso al sexo". No me digas que no es un buen eslogan de campaña

antiladillas. Pero también, cómo no, intenta poner un poco de sexo y pasión al seso, a la vida entera, o te parecerás a los vegetales, aunque estos tengan mucho sexo y nada de cerebro. El sexo sin pasión nos parece adulterado, ¿por qué ha de ser la vida entera diferente?

FL PUNTO Y FINAL

Pues con esto y un bizcocho... iParece mentira! Ya hemos concluido nuestro séptimo número. La verdad es que ha parecido casi un parto, y además sietemesino o casi. El esfuerzo nos ha dejado exhaustos pero sinceramente satisfechos y dispuestos para abordar una nueva gestación que esperamos menos laboriosa con vuestra ayuda. Ayuda que, en este número, se ha visto multiplicada ampliamente, lo cual agradecemos sinceramente a estos nuestros espontáneos colaboradores que, por primera vez o ya como costumbre, os decidís a participar de estas pequeñas colecciones de sueños e inquietudes que nos esforzamos por poner en vuestras manos. Nuestro más sincero agradecimiento, por tanto, a todos los que habéis colaborado: Eva, con su portada y, por primera vez, poemas, Narciso Tuera, Carmen Montero, El temible burlón, el inevitable Werther, Paz, Hisabel Gemido, Maximiliano Mariblanca, Miguel Ángel Valero López, a todos por vuestras colaboraciones y, cómo no también a todos esos tímidos colaboradores que nos empujáis a seguir con vuestro ánimo y vuestra atención.

Nada más. Por favor, seguid participando. Enviad vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es O de nuestra página en Bubok: http://eldespertar.bubok.es

P.D.: En vista de que algunas de las colaboraciones de este número han venido un poco, digamos, subidas de tono, la redacción quiere hacer constar que no se hace en ningún caso responsable de las barbaridades que sus colaboradores exponen como cosa propia.

